

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



HACE más de dos años que se publicó el octavo fascículo. Las obligaciones ineludibles y apremiantes de cada minuto me han mantenido todo este tiempo alejado de mi propósito y cuando las voces de dentro y de fuera me hicieron considerar de nuevo el asunto, lo encontré tan difícil, que me parecía imposible ponerme a tono con la imperceptible vibración lírica de las cosas nuestras, para hacérselas sentir a los que tan finamente las valoran.

Sin embargo, en un amanecer otoñal, estaba viendo desde la cama la máquina de coser de mi casa y empezaron a cruzar por el pensamiento las escenas de la infancia.

Mi madre, y todas las mujeres de su tiempo, cosían a mano sus ropas y tenían tal costumbre y destreza que cuando empezaron a usarse las máquinas las compraban casi como un adorno, como el pañuelo de manila, para la chica. La tenían pero no la usaban y cuando querían servirse de ella, tenía que ir el hombre que las vendía a ponerlas en movimiento.

Justificación

Para desentumecerlas, las tenían una mañana al sol, en un rincón del patio, les untaban mineral, frotaban bien los tornillos y les hacían coser trapos un buen rato antes de echar el respunte que deseaban. La falta de uso tenía completamente inutilizado tan precioso mecanismo. Y es que la naturaleza no tolera lo inservible e inactivo y se vale de recursos maravillosos para transformarlo en elementos aprovechables. La herrumbre destruye y pulveriza, como un cáncer, los cuerpos más duros. La vegetación silvestre envuelve y penetra hasta los escombros, haciéndolos desaparecer. Nada resiste a la acción de los elementos naturales cuando pueden actuar sin prisa y, con el tiempo, que tan poco cuenta en la naturaleza, todo queda en el polvo que fué.

La plumilla que dejé empapada de tinta flúida y rutilante, la he encontrado seca y quebradiza, pero recordando al hombre de las máquinas de coser, la he puesto al sol, la he raspado el orín y dado los adecuados óleos para ver de entrarla en luz.

Estas hojillas son las primeras que salen, llenas de faltas. Comprendo que no debería publicarlas, pero el amor es ciego como la fé y el que todos le tenemos a las cosas de que aquí se trata, disculpa el atrevimiento y me permite confiar en la benevolencia de los lectores. Muchas gracias.

El monumento alcazareño

MI pueblo no tiene monumentos.

Un pueblo sin monumentos, es un pueblo sin historia aparente, sin huellas del pasado, lugar común en el que la vida transcurrió sin empeños mayores y las generaciones se fueron enterrando sin legarse unas a otras más atributos que los puramente vegetativos.

El hombre fabricó su choza con lo que tenía a mano, la tierra, que amasada con poca agua y muchas fatigas, apenas si podía resistir el tiempo de vida de su constructor. La generación siguiente tenía que rehacer los adobes para ampararse, machacar los terrones y amasar otra vez la tierra, para hacer su habitación.

Y ese es el gran monumento alcazareño, la tierra misma, amasada infinidad de veces a través de los siglos por todos los que aquí han vivido de modo tan elemental y primario que, en los poblados antiguos, como Villacentenos, Piédrola, Villajos, etc., el único material perdurable son las tejas árabes, hechas pedazos y enterradas al desmoronarse los tapiales que cubrían.

El monumento es la tierra, sí; o el pairazo, el pairazo mayor, como el Torreón, o el menor, como el del Sepulcro o los de Aguilera, en el cibanto formado por terrones y cascotes.

Fuera el tiempo menos aniquilante y en Alcázar no hubiera quedado de todas maneras más que esta demostración de indiferencia, prueba tácita del reconocimiento por nuestros antecesores de que vinieron al mundo para nada.

Se inicia el renacer de la vida alcazareña el siglo XIX y adquiere su mayor preponderancia conocida en lo que va del XX, pero con pocos rasgos propios, sometida a la imitación y al mando de Madrid.

Este es el problema monumental de las generaciones actuales al considerar la vida alcazareña a lo largo del tiempo.

El pasado se fué, cierto; pero el presente no, que es nuestro, de todos, actual y el desconsuelo con que miramos el pasado nos da la medida del deber que tenemos con el futuro.

El tiempo presente nos pertenece, pero fundamentalmente como **obligación**, como aportación a la vida local, que no es de este tiempo ni de aquel, sino de siempre, de la vida en sí misma, en la cual cada generación marcará su huella según como estime su deber.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Junio del año 1959	PUBLICACIONES DE LA FUNDACION MAZUECOS DE ALCAZAR DE SAN JUAN	FASCICULO NOVENO
------------------------------	--	---------------------

Las primeras espinas

COINCIDIENDO con los cuentos de miedo, referidos al anoche-
cer en los corros de los chicos, salían a relucir las historietas
contadas en cada casa respecto de la familia de los demás.

La dañina intención pueblerina alcanzaba en esto su más
refinada eficacia, manchando las almas infantiles con dudas,
sospechas, decires o vanidades que nunca se borran ya.

Un chico alardeaba de lo que tenían en su casa.

El otro replicaba alabando su mula, su tierra o su
huerta.

Tal cual lo que era su padre, lo que fué su abuelo o lo
que se contaba de su tatarabuela.

Los chicos hablaban de ello luego en su casa. Cada fa-
milia reaccionaba a su manera y completaba la información
del chavalillo aleccionándole con lo que había de contestar
a cada cual cuando le dijeran esto y lo otro. Las malas ideas
refulgían como puñales en el aire, sacándole punta a todo
para que clavara hondo en el corazón del vecino y quedara
vencido, humillado, en la estimación de su propio hijo.

Se recuerda con pena el haber pasado inocentemente a
jugar a las casas y percibir detalles de ese funesto rescoldo,
imposible de entender en tan temprana edad.

La generalización del sistema mantenía vivo el odio an-
cestral y el chico que no nació para mantenerse en la incre-
pación, contemplaba, al fin, triste y melancólico, el pugilato
feroz, regustando el escozor de las primeras espinas que qui-
taban cruelmente el encanto de lo más noble: la santidad de
los padres, la honorabilidad humana, la bondad de las co-
sas, que se ofrecía como natural. ¡Oh, el alma yerma de los
pueblos! ¡Qué pena tan grande!



Vecinos de la Cruz Verde

E

Locuparse de la vida lugareña, siempre da motivo para que los observadores echen de menos algo y lo manifiesten.

Sus insinuaciones sirven de espolique a la inclinación natural del comentarista, que fácilmente deja correr la pluma movida por el recuerdo grato. Eso me ha pasado ahora con el chiquitín de «Juanete», que en este caso es el gordo: Antonio Fernández Carpio, el hermano más chico de Milagros, aficionado a la pluma y vecino de la Cruz, en que jugó cuando era un cuartillo aislado, al aire, con cuatro machones y una puerta de balaustres, como de cueva, situado en el comienzo del alterón que dejó la calzada de la calle al cruzar entre dos cerros, y casi al hilo de la calle Machero y la esquina de la «Lillera». El chico de «Juanetillo»,—entre los «Juanetes», el pueblo distinguió a su padre con este diminutivo, por ser el más bajillo,—me ha recordado a varios vecinos suyos en unas notas llenas de cariño.

Nada de esta calle me es indiferente, pues me crié en el carrete de enfrente, en el de la calle Ancha, tres puertas más abajo de la caseja del tío «Botines», que ocupaba la cumbre.

Desde allí corrían las aguas hacia la Cruz Verde, hacia el Cristo Villajos, hacia el de Zalameda y hacia la Estación, el gran foco de vida que tiraba de todo y me llevó a mí, también.

Los chicos, en los juegos, seguíamos la corriente de las aguas, siendo el Paseo y la Cruz Verde las direcciones más frecuentes en mí, por razones de trabajo. Por eso propendo a evocar estos barrios con tanta frecuencia y con la minucia que permite la honda huella que dejaron en mi alma de adolescente, pues paseé la calle de la Cruz con mi guitarra y en ella me acerqué por primera vez a una reja, cohibido y tembloroso de emoción, para ver a una chiqueja de mi tiempo, que acudió al ingenuo canto de mis pri-

meras coplas, después de oír la voz de sirena de la Joaquina de «Pelusa» que por igual nos encantaba a los dos. ¡Qué confusión me produjo el ver abierta de par en par aquella ventana que tanto había mirado! Al correrse las cortinas, de percal rosa granate, con pájaros blancos, se vió la habitación alumbrada por una bombilla colgando del techo, que a mí me pareció radiante sol de primavera, pues aún me ciega el recuerdo de su brillantez deslumbrante, que quedó en mi turbada imaginación como un relámpago rápidamente extinguido.

Desde la Cruz Verde tenía el ambiente alcazareño matices propios. El cielo se veía desde allí sin elevación, aplastante, pegado a los corrales del Arenal y del Santo, como un toldo que pendiera de los molinos del Tinte y fuera a caer a las estacas clavadas en los pastizales de la Veguilla y el Praillo. Las gentes tiraban de su pobreza por debajo, sobre un suelo áspero, con vestimenta arrodalada de remiendos, el pellejo cuarteado como el piso y las entrañas llenas de reconcomios encontrados. Se vivía como se podía.

Por similitud con mis guitarreos, recuerdo los bailes de la puerta de «Cupido» y «Aguililla» Regía el principio de que entre santa y santo pared de cal y canto; por eso, aquel y otros bailes, lo formaban las mozas solas y en este figuraban la Francisquilla del «Mueso» la María «la Santera», las «Charramangas» y la Francisca de «Aguililla» que hacía de hablar a las cascañetas.

La Cruz ha sido siempre como un gran patio de vecindad, donde cada cual ha sacado su flaqueza y se ha vivido considerando, minuto a minuto, la joroba de cada vecino. Puede decirse que la vida en la Cruz estaba regida por una numerosa y permanente asamblea callejera, tan meticulosa que apenas si existía por allí vida privada y tan influyente, que difícilmente se la podría eximir de participación en las decisiones personales de nadie. Su influencia se extendió en ocasiones a todo el pueblo y algunos de sus miembros se destacaron mucho, siendo los que más, «Estrella» y «Brocha». Algunas veces, el gobierno de este cónclave solanero, (siempre que no se resintiera el orgullo y la soberbia de la tierra), se dejaba caer en masa para decidir una cuestión o sacar de un apuro a cualquiera: ¿Vamos a ver si entre **tos** arreglamos esto?, decía alguno. ¿Qué pué pasar siendo entre «**tos**»? O bien, estimulado por el consenso general, alguien se echaba «p'alante» y decía: «yo mismo voy». Y eso hizo el tío «Medio» cuando se iba a

casar un muchacho de «Santicos» y se sintió en la calle la ansiedad de cómo podría librar con su falteja, el trámite del examen de doctrina; se incorporó a la compañía como hombre bueno y se metió un ratón en el cañón de los pantalones, haciendo una bolsa entre dos tomizas. Una vez reunidos, antes de que el cura empezase a preguntar, soltó el ratón y con la risa y la algarazara el sacerdote no hizo ninguna pregunta y el novio pudo volver tan airoso y aprobado.

Con el mismo «Santicos» se dió otro hecho revelador del poder de la calle.

Cuando pretendió casarse «Talán» con la Agapita, quiso su padre hacerlo un poco ligero para librar de la quinta a otro hijo. «Santicos» lo oyó con calma y contestó: «sabes lo que te digo; que el que venga apretando, que venga alojando, que yo no tengo un cuarto, así, que, suelta la mosca». Y «Talán» la soltó. La simplicidad de «Santicos» se había impregnado del espíritu utilitario de la esquina de «Jaranda»: el que algo quiere, algo le cuesta. O, «el que quiera peces...».

«Jaranda» sin embargo, conocido también por «Potra», Angel Sánchez, era hombre complaciente. Tocaba la guitarra y en cuanto las mocejas le decían algo, ya estaba funcionando el baile. El contraste de su prontitud con la parsimonia habitual en los tocadores, que necesitan dos horas para afinar el instrumento, hacía decir a la gente que con el tío «Potra» daba gusto, porque siempre la tenía «templá». Y, así sucedía, en efecto; decirlo y empezar a tocar, era todo uno.

La esquina de «Jaranda», saliente, al mediodía, de la calle Nueva a la Cruz, era una de las preferidas para reunirse los yeseros, que formaban casi la totalidad del censo del barrio.

Había un grupo auxiliar, formado por los junqueros, que iban a las vegas a segar junco y a los ríos a segar «masiega», una vez desecados, para quemar el yeso. Este grupo lo formaban los «Pancharros», los «Artilleros», los «Mónicos», «Santicos», «el Presiario», Nicolás «el Birlao» y

otros, aunque los yeseros no desdeñaban ir ellos mismos a por el ramaje, cuando se terciaba.

Las necesidades de la construcción, dentro y fuera del pueblo, daban cierta vida a los hornos, permitiendo tener ocupada a toda la familia, motivo de que se extendiera el arte al emanciparse los hijos y empezar a quemar por su cuenta, pluralizándose algunos apellidos y motes, como los «Pellases», los «Rochanos», los «Jarandas», los «Bernardicos», los «Canillas», los «Pelaos», los «Periquillos». Los más se mantuvieron en singular, aunque estuviera toda la familia consagrada al horno, como «el Zorruno», (Gregorio Bustamante); el tío «Medio», (Julián Ramiro); «Rompe», (José Antonio Galán); «el Mueso», (Juan Leal); Dionisio, «el Bolero»; «Vistabaja», (José Monje); «Bocacántaro», (Manuel García); «Pirralda», (Marcelo Morales); Sefere Marín; «Ojete», (Ignacio Tajuelo, hermano de «Santicos»), «el Tornero», Nicanor Pérez; Matías Tajuelo; «Colilla», (José García); Redondo, «el Moreno Parra»; «Catano», (Cayetano Leal Muñoz); «Pistaño», «Olivilla»; el tío «Zorrilla», (hermano de Feliciano, el de los garbanzos); Bruno Huertas; Varea; Angel y su hermano «Porciones»; Juan «Pimentón», el tío «Juaquinín»; «Caracola»; «Choca»; «Juanete» y otros hasta cincuenta y tantos, todos pacíficos y prudentes, incluso los que no lo parecían, como «el tuerto Boto», que, además, era cojo y hacía gala de un mal genio permanente, hasta el punto de que cuando les tocaba perder a sus chicos en las riñas de la calle, solía salir con «algo» amenazando. Y lo mismo le pasaba con los perros, a los que era aficionado por la caza, siempre sueltos y ladrando a los transeuntes. Pero un día, pasó un señor forastero y al acercársele el perro le dió un buen palo, entrándose el animal cojeando y dando ladridos.

Salió «el Tuerto» con la faca preguntando quién había pegado al perro y el señor, muy tranquilo, dijo: «yo»

«El Tuerto» vió claro y contestó: «Ha hecho usted bien, a ver si se le quita ese vicio». Y se entró en su casa.



El fatigoso anhelo de vivir

S IEMPRE destacarán, por su número y por su firmeza, los hornos del yeso, cuando se consideren en Alcázar los intentos del hombre para vivir independientemente con su trabajo. No se podrán mirar aisladamente porque sin la evolución económica de la comarca no hubiera sido posible su existencia, pero constituyen una buena prueba de la inclinación del alcázareño a emanciparse del jornal. ¡Vida penosa, sin embargo! como la del rentero, la del molinero, la del alfarero, el batanero, el espartero y demás elementos primarios del artesanado local, cuyos esfuerzos y sufrimientos son difíciles de valorar ahora, y muchas veces se oyen comentar con evidente desconocimiento.

Uno de los momentos peor juzgados es el de la muerte de las caballerías, tomando como una especie de aberración afectiva el hecho de que se sienta la muerte del animal de trabajo,—mutatis mutandis—como la de ser humano. Quien lo haya visto directamente no necesita razones, le bastan la observación de los hechos y sus consecuencias para apreciar el desastre que para el trabajador supone la muerte de una mula, desastre del que no logra reponerse en varios años de fatigas, si es que nuevas desgracias no lo aplanan definitivamente, como es corriente,

Prueban el alcance de este quebranto las costumbres, aún vigentes entre las familias que saben de esto por haberlo sufrido, considerándolo—y considerándolo muy legítimamente—como motivo de visita especial de sentimiento y de pésame. Para el yesero, tributario permanente del acarreo, este revés, constituía una verdadera desolación, siendo por otra parte en él más frecuentes que en nadie estos hechos, porque el yesero tenía el mérito de ser un iniciador, un emprendedor, sin más recursos que el de su trabajo, con todos los inconvenientes que ello supone, de no haber ninguna reserva ni hacer realizaciones suficientes para atender las necesidades inmediatas. Todo se había tomado fiado, las mulas y los atalajes, sin disponer de pienso ni de comida para la familia. Era terrible aquello. Las mulas y los borricos tenían fama por lo secos y por los castigos obligados para que tiraran. No es extraño que se murieran, ni difícil suponer el cuadro que dejaban.

Aún con la fortuna de ir saliendo entre trampas, el yesero no pudo nunca disfrutar de una posición firme; por eso fué fácil desplazarlo de sus lares y se fué voluntariamente al ejido.

La concentración de las viviendas, en torno a la Estación elevó el precio de las construcciones y de su renta, y el yesero, encontrando un alivio en la enajenación, soltó la prenda y se fué con su arte al descampado, a luchar contra las dificultades; aunque por poco tiempo esta vez, porque la mecanización absorbió la producción yesera y él se fué acoplando a la agricultura, a favor del auge viñero, quedando totalmente anulado el polvoriento oficio de la yesería, que tuvo durante muchos años encenizado y apestando con los humos del albardín, todo el barrio de la Cruz Verde, cuyo suelo y ambiente estuvo siempre saturado de la asperidad del yeso negro.



Vecinos de la Cruz, vestidos majos un día de feria en el que no faltó ni el requisito de retratarse, cosa totalmente fuera de los usos corrientes. Estos sujetos, como se ve claro, hicieron aquel día de todo y hasta les tocó una muñeca en la rifa. Son bien conocidos: sentados, de izquierda a derecha, Manuel Huertas, «Brunete», el hermano de Facó el de la «Moya», Atanasio y todos esos; «Rochano» (Ignacio Sánchez Mateos) con la guitarra. De pie, el yerno de Bernardico, con la romana y muy puesto de cadena y colgante sobre la faja; «Chalupa», el que cogió el carro en la calle Machero; Pedro «Cayares»; «Jaramillo» el de la calle del Santo y Francisco Leal «Berriquilla», todos iluminados por el raspado rebrillar que le daba al vino tinto el yeso de su fabricación.



José "El Esquilador"

(JOSÉ OCÓN LEAL)

UNA de las personas representativas de la Cruz Verde y, desde luego, la más destacada del grupo de los esquiladores, fué José Ocón.

Se crió en la esquina de la calle de los Yeseros, típico alcañal de las afueras, cercado y sin habitaciones exteriores.

Era hijo del tío «Aguillilla», hermano del «Jaro» y primo de Senén y de Jenaro, todos del mismo oficio. Se casó con la Eusebia de «Jura».

Hombre alto, anguloso, intermedio entre las cabezas redondas y las alargadas, de la Cruz Verde.

Iba con las tijeras metidas en la vaina de cuero y, juntas con la máquina, sujetas en la correa de la pretina, sobre la nalgua derecha, y el acial en la mano del mismo lado o colgando del brazo opuesto. Siempre estirado y con las posaderas un poco salientes. Nunca llevaba blusa, sino una chaqueta cortilla, de tela fina y oscura, como de dril. No fumaba y desde joven tuvo aire de hombre sentencioso, un poco poseído de sus cualidades como reflejó al hacer su casa de la calle Machero, de gran fachada, y cuando tenía que firmar, porque jojo con la firma de José, que escribía lo mismo en el papel que en las ancas de las mulas! Y cuidado con las yuntas arregladas por él, cuando salían a correr San Antón, que eran la admiración del pueblo! Decían las gentes que escribía en las mulas como un «escultor». Hacía a punta de tijera numerosos dibujos; estrellas, ramos, cálices, letras, etc. y con la pluma hacía documentos que no envi-

diaban en caligrafía y redacción a los de los escribientes diestros.

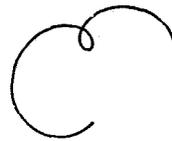
Una labor especial era «bordar» las mulillas de los toros. Federico el de la taberna, se entusiasmaba viéndolas. Después de vestidas, las llevaban a la puerta del Casino para que las viera «la gente gorda» del lugar.

Las condiciones nativas de José resultaron favorecidas por su salida del pueblo con la quinta del 81, para servir al Rey, como artillero, en Madrid y en Barcelona, donde fué cabo, pasó a la escuela de sargentos y, si sigue, puede que hubiera sido algo, porque lo querían mucho, hasta el punto de que el Coronel del Cuerpo le dedicó con mención especial el libro de texto de la escuela y su Teniente conservó con él la buena relación amistosa hasta que murió de General. Allí conoció la máquina de esquilar, cuyo uso implantó en Alcázar.

Como el esquilaero no fué nunca ocupación suficiente, desde chico la simultaneó con las labores agrícolas con «Repicuno», «Seguidillas», el «Jaro» el «Pío», «Tranquillón», «Picarda» y otros hasta diez o doce, que segaban del tío Juanillo Alameda y su hermano «Cara Esparto».

Siempre fué consejero bueno y cumplidor de sus deberes, por eso mejoró su posición económica, mereció la estimación general y sustituyó al «Rulo» el albañil en la presidencia de la Cofradía de Jesús.

* *



HAY en el curso de esta obra numerosas referencias y notas muy sentidas dedicadas a los yeseros, en cuya vecindad estuve largos años. Hablo siempre de ellos como de una cosa viva, conocida y actual, sin darme cuenta de que han desaparecido y que muchos se preguntarán ya cómo era el arte que dió vida al gremio que constituyó una de las ramas más frondosas del artesanado local.

Para que pase a la historia de Alcázar y al conocimiento de sus hijos, se hace esta somera descripción, tomando como base la última yesería, resuscitada por los nietos de uno de los yeseros más genuinos: «el Zorruno», hombre cetrino que sufrió mucho en el oficio, sin apartarse de él hasta su muerte.

Joven aún, se le cuajó un depósito en un pulmón y lo echaba a bocanadas con la tos. Como ese mal suele ser largo, el estado del «Zorruno» conmovió mucho el barrio. Se estuvo meses y meses pendiente de su estado y sin dar por su vida un cuarto. Todo el mundo se interesó. «Estrella», «Ricardo» y «Brocha» hicieron lo que pudieron. D. Magdaleno tomó aquello con su habitual coraje y lo llevó a que lo operara el bondadosísimo D. Juan Bravo, de grata memoria.

De resultas, le quedó al «Zorruno» un agujero en el costado que mantuvo la destilación hasta su muerte, después de muchos años y la compasión de las gentes un poco menos tiempo, porque es condición humana el cansarse y cambiar de pensamiento. El artesanado yeseril tuvo un siglo de vida, aproximadamente. La buena vista del tío «Pití», dió lugar a la primera fábrica, en pleno apogeo del oficio.

La Estación, por su parte, absorbió totalmente el barrio de los yeseros y estos tuvieron que hacer su segunda salida al campo, iniciando la expansión del pueblo entre el Santo y la vía, en el impropriadamente llamado barrio de Salamanca, cuyas primeras construcciones fueron los hornos del yeso, que no podían estar ya en la Cruz Verde.

Uno de los hornos emigrantes fué el del «Zorruno», que vivió en la calle de la Luna, en mal hora cambiada de nombre, orilla del «Chato Pellás» y que en su nuevo emplazamiento, falto de ambiente, sigue ofreciendo una nota de continuidad.

Los hornos del yeso, representaron en Alcázar un rudimentario medio industrial, desenvuelto en el seno de la familia, bastante independiente, aunque sin lograr la emancipación económica efectiva para librarse de otras tareas que fueron siempre indispensables para sostenerse durante el año. Llegaron a poseerlos aquellos más decididos y constantes, que no vacilaron para sacrificarse y librarse del peonaje, ni tampoco temieron echarse al camino noches y noches para colocar su mercancía, estimada en los demás pueblos por su buena calidad y elaboración.

Todos se instalaron en alcaceles de las afueras, comprados al efecto, con tan pocos recursos, que ni cercarlos podían, quedando reducidas las construcciones por el momento al horno y un cobertizo para el yeso.

El horno se construía a un lado, donde no fuera estorbo para el molede-ro ni para la vivienda futura y corriera el aire, para que se llevara el humo.

Eran redondos, parecían molinos de viento desmantelados, sin que les faltara espíritu quijotesco y muchos humos. La pared, de piedra y barro, de

unos cincuenta centímetros de gruesa y dos metros de altura. Su piso, el propio del suelo, haciendo un poco barranco. Su contorno medía de nueve a diez metros, con un vano de un metro para puerta, rasgada en todo lo alto de la pared. Este hueco o puerta se llenaba casi del todo al cargar el horno, dejando un espacio libre, como de un metro de altura o menos, que era lo mismo que quedaba en el centro del horno, llamado «calderilla», donde se echaba la lumbre.

El acto de cargar el horno se llamaba **enornar** y consistía en ir colocando las piedras alrededor del horno, por dentro, desde el suelo, contra la pared, bien encajadas unas contra otras, sacándolas cada vez un poco más, para formar la bóveda de la calderilla y aprovechar bien el espacio con la mayor cantidad posible de piedra para quemar.

Una vez cerrado el horno, cosa que tenía no poco arte, relleno con los «chicos», cantos pequeños, los huecos de las piedras gordas, se echaban los ripios encima de la copa con la grancilla o menudo de la piedra y lo que quedaba de cerner las molindas anteriores, una vez cribadas, pues solo se arrojaba a los vertederos el residuo sucio y terroso llamado légamo.

Por fuera del horno había, en un lado de su contorno, una rampa de tierra para subir a terminar de cargarlo.

La rusticidad de estas construcciones y su mucho uso, obligaba a reparaciones frecuentes y aún con eso, la vida de un horno no excedía de un par de años.

La piedra se quemaba con albardín, masiega, paja o moñigos, que hacían un humo infernal y se difundía a largas distancias.

La quema de un horno duraba unas doce horas y durante ella, usaban un hierro largo y fuerte, doblado por la punta en ángulo recto, diez o quince centímetros, para mover la lumbre. Le llamaban la **urga**. Tenían una más ancha, para los sarmientos, y otra más estrecha, para las pajas.

Cuando se iba blanqueando la piedra, cesaban de echar lumbre y lo dejaban enfriar otras doce horas, iniciándose entonces el trabajo de **esterronar** o sacar la piedra del horno, para molerla, mediante picos y rastrillas. La piedra se extendía en medio del moledero en forma de parvas, pero limitadas al contorno externo del moledero, el cual consistía en una porción de terreno apisonado, de unos ocho metros de diámetro, en cuyo centro estaba clavado el guijo del rulo, hierro cilíndrico muy fuerte al que se cogía el barrón por el extremo anillado, vástago fuerte de unos tres metros de longitud que por el otro extremo se fijaba en el cuadro del rulo, que era un rectángulo de madera tosca, sin labrar, al que se enganchaba la mula. Detrás del rulo y unida al cuadro, iba una rastrilla para remover la parva del yeso, después de pasar el rulo y exteriorizar lo más grueso, para molerlo en la vuelta siguiente, esto sin perjuicio de que la yesera removiera también y remetiera la parva con los raedores de hierro y las rastrillas de mano.

El rulo era un bloque de piedra arenisca, blanquecina y dura, labrada toscamente en forma de cono trucado por los dos extremos, de algo aunque poco más de un metro de largo, alrededor de uno veinte, cuya base medía unos dos metros de contorno y el vértice la mitad aproximadamente. Su peso, de más de mil kilos.

En el centro de ambas caras tenían orificios que penetraban unos quince centímetros, de unos tres centímetros de diámetro, donde se metían unos vástagos de hierro llamados «ijones» que hacían de eje del rulo y se fijaban a dichas excavaciones con azufre derretido en una sartén vieja a punto de caramelo. Tales «ijones» salían de la piedra unos doce centímetros, para que engancharan las armas de madera o hierro donde se unía la mula matalona, que con los ojos tapados como en las norias, arrastraba el rulo durante la molienda.

Estos rulos los hacían los «Manganas», antiguos canteros de Villacañas.

Quisiéramos dejar constancia gráfica de la yesería alcazareña en estos cuadernos, pero no queda ninguna y las que conocemos de otros pueblos, no son como las de aquí, pero no desaprovecharemos la ocasión de hacerlo, si hallamos alguna parecida.

H
 E aquí los operarios de la Bodega del Marqués, en sus buenos tiempos, cuyo número y organización demuestra la importancia especial que tuvo la casa.

De abajo a arriba y de izquierda a derecha, aparecen sentados, en segundo lugar, empujando el codo, Loyo; el 4.º, Muñoz, el 5.º, Angel Villajos; el 6.º, el del Chandón, que tocaba el redoblante y Baldomero Rincón.



En la segunda fila, con el perro delante, la Venencia y la copa llena en la mano, D. Juan, el encargado. D. Juan Leonardo, el D. Juan que más ha donjuaneado en Alcázar a lo largo del tiempo, horriblemente feo, con las narices aplastadas y gesto uraño, parecía un perro de presa. Era muy bromista y se las daba de picarillo. Servía lo mismo para un barrido que para un fregado. A la gente se le llenaba la boca nombrándole, con esa zalamera admiración que suele tener para el desconocido. Vestía elegantemente y andaba por la bodega con zapatillas de terciopelo negro, bordadas con seda de colores, como las almohadas de las bancas antiguas. Siempre estaba fumando, con parsimonia y aprovechando el humo.

Recuerdo de mi infancia, la presencia en Alcázar de varios encargados, tenedores de libros o agentes de casas comerciales, que no eran sino meros escribientes o personas de más o menos confianza para las casas a cuyo servicio estaban; tales los de las bodegas, los foudres, pellejos, harinas, las lias, la luz, etc.

El contraste que ofrecían tales personas en el pueblo era extraordinario. Parecían marqueses comparados con nuestros pardillos. La gente los trataba, no como amanuenses, sino como si fueran los dueños o creadores de las empresas, con el sentido admirativo del más pobre espíritu aldeano.

Alcázar, falto de personas de capacidad suficiente para regentar negocios comerciales, aportaba siempre lo subalterno, el peonaje actuaba con arreglo a fuerza, lo cual explica y justifica aquel contraste o desnivel tan pronunciado; era el escalón entre la fuerza y la ciencia, lección magnífica que nadie parecía aprovechar.

Detrás de D. Juan, que tiene la Venencia en la mano, como la batuta de Director de orquesta, siguiendo la 2.ª fila, está sentado Venancio Ramos, «Peluzo», con la mirada brillante de los hipertiroideos, la bomba y el vaso colmado, caporal famoso, pura sangre alcazareña, y a su lado, con un papel, Serapio Ruiz, hijo de un antiguo administrador; después, Antonio Octavio; de pie, el de Crispito y sentado orilla, con un gran sombrero, «Pinto», el de «La Colorina», el ayudante de Quilimaco, y Martínez el tonelero.

Detrás, están, Jesús Octavio, Jesús «El Herenciano», Manuel Cebollo, Gregorio Villajos, el de la Gregoria del «Recental», el tío Morano, el tío García, Trujeque, el de la Rosario de «Peluzo», Tejero, «Talán», Camacho. Campo «El Serio», Abdón Cañizares, «El Villacañero», «El Quinianareño», los hijos de la Ursula, «Cristo», Alfonso Escribano y otros que no se han podido identificar.

Arriba, a la derecha, está el grupo de oficiales de la tonelería, casi completo: Marcos, Isidoro, el hijo de «Peluzo» y Julián Oliva. Los dos que hay de pie en el primer término de la derecha, son Quilimaco Escribano, el maestro albañil de la bodega, antes de perder el brazo y ser conocido por el tío Quilimaco, como se le dijo luego. A su lado, Paco Aranda, el escribiente, con el coprador de cartas, representación viva de ese muchacho prudente, servicial, culo de hierro, que floreció en Alcázar, de origen humilde, que consagró su vida a los menesteres subalternos de la escribientería.



Escuela y Despensa

REMEMORANDO estas palabras con que Costa clamaba desde su pueblo para la solución de los problemas generales, piensa uno en como se andaba de ambas cosas durante su infancia, en el rincón que le tocó vivir.

A la escuela mandaban a los chicos fundamentalmente para sujetarlos un poco y que aprendieran algo. En los casos afortunados, el aprendizaje alcanzaba tanto como capacidad tenía el cartapacio para albergar libros. La sujeción estaba simbolizada en el amplio surtido de punteros y palmetas, en las manos aguerridas en repelones, capones y tirones de orejas que ponían de puntillas.

Los libros se dividían en libros de lectura, como el Juanito y el Manuscrito y libros de memoria, como el Fleury, la Geografía, la Historia, el Catecismo, la Geometría, Gramática, Aritmética, etc. Algunos de memoria y lectura como la Urbanidad y otros de hacer, como la Caligrafía. En aquel cartapacio no faltaba de nada y los padres se alarmaban por lo que las criaturas tenían «que forzar la imaginación».

La despensa era algo parecido al cartapacio. Su mejor representación era la tienda rural, de olor sui géneris, producido por la humedad en contacto con las mercancías, los ratones y las cucarachas. La tienda rural, despensa del pueblo, tenía de todo, pero poquito y deteriorado.

Solitaria muchas horas del día, le ponían un campanillo colgando del techo para que le diera la puerta al abrir y apercebirse desde el fondo de la casa de que alguien entraba, a por sardinas saladas, hilo de hilvanar o una perra de polvos de la ropa.

Los chicos iban creciendo y los padres sufrían la mayor decepción viendo a sus hijos con tantos libros de memoria y sin acertar a ajustar la cuenta de la siega o los talones de las uvas. Entonces decían ponerlos a un oficio donde tampoco encontraban enseñanza, sino el ejemplo de una rutina cualquiera para ir saliendo. Poco a poco se iban acostumbrando a repetir lo que veían y los padres de los más afortunados escuchaban, como sucedió en la escuela, aquello de: «Yo ya no le puedo enseñar más, el chico sabe todo lo que hay que saber». Entre tanto la criatura se había convertido en hombre, se lo llevaban a servir al Rey, donde se procuraba que lo pasara bien y al volver «se colocaba» o se ponía a trabajar por su cuenta, reproduciendo el ciclo ya conocido que hacía repetir a los nuevos chicos, porque para ser algo había que pasar mucho y aguantar más.

Los maestros forjados en este sistema, no habían conseguido dominar su arte y con lo logrado apenas podían vivir. Su atención se dirigía hacia otras ocupaciones fáciles para buscar ayudas. Hacían varias cosas, sin penetrar bien en ninguna; la artesanía se mantenía en un nivel ínfimo. El artesano seguía como en la escuela, tocando muchos resortes, pero la cuenta de los segadores no concordaba con la realidad nunca y a última hora, el pobre labriego tenía que ajustarla con los dedos y de cabeza para salir del paso y seguir adelante hasta morir sin haber logrado nada.

ESTA fotografía se publica principalmente, aparte del motivo regocijante con que está hecha un día de Pascua, en recuerdo de Leoncio el de Alfredo, el del centro de los que están de pie, porque Leoncio Sáiz Paniagua, hijo de Alfredo y nieto del tío Laureano, heredó de estos muchas cualidades meritorias que tuvieron su significado en la vida alcazareña; una de ellas, la habilidad manual, que poseía en grado superlativo y lo hizo un tornero maravilloso, cosa que casi nadie sabe, según creo; otra, la iniciativa y espíritu de empresa, no solo para continuar sin decaimiento las que le dejaron sus antecesores, sino para iniciar otras, algunas muy atrevidas, como la de la piscina, que consiguió consolidar, cosa que solo pueden valorar los que hayan iniciado algo que suponga cambio de costumbres y de usos establecidos y arraigados. Siempre habrá de recordarse esa obra de Leoncio, cuando se trate de aquilatar méritos y sacrificios de los alcazareños en favor de su pueblo. Es probable que su temprana muerte nos haya privado de obras de mayor importancia, como hay que lamentar la mucho más precoz del hijo del Catre—Félix García—el primero de la izquierda de la fotografía que, aun muriendo apenas casado, ya había elevado considerablemente el negocio de su padre, o por mejor decir, de su madre, la Morena, cuyas cualidades sobresalían en él sin que se le apreciara nada del carácter arisco y agresivo de Domingo, salvo la laboriosidad que aquel tuvo en alto grado, también.



El otro que está de pie es uno de Quero y el que está sentado ¿Hace falta decir quién es el que está sentado? ¿Quién no conoce a Pesetilla—Venancio Muñoz—aunque ahí aparezca con bigote y fosca pelambre?

Los Migones

ERA una cosa que se tenía y cuya expresión y concepto han cambiado bastante, aunque la causa y el efecto se sigan observando.

Se usaban los panes de tres libras y bien metidos en harina, altos, de los que salían picatostes del tamaño de las suelas de las alparcatas. La gente los consideraba **panes de alma** y este concepto lo expresaba en aumentativo llamando **migón** a la parte interna y menos cocida del pan.

No solamente era el pan la base de la alimentación, sino el alimento exclusivo en muchos casos, incluso seco o con algo para engañarlo: una raspa de pescado, una cebolla o una guindilla.

Nuestros pardillos, en su observación elemental, le atribuían efectos obstructivos, como si lodara los sentidos quitándoles las luces y cuando hablaban de los que se iban a estudios, atribuían el poco resultado a los muchos migones. Los migones resumían y concretaban para ellos la sobra de elementos y de comodidad que paralizaba la acción de los estudiantes aquellos, inclinándolos a la holganza y a la diversión y cuando a la postre se veía el fracaso, la frase lapidaria era siempre la misma, los muchos migones, y la conclusión idéntica: que para espabilarse e hincar había que sentir la necesidad, porque el hambre estudia, dicen, más que cien abogados.

UN hecho apreciable en los establecimientos alcazareños de la época que consideramos, es la falta total de rótulos. Teniendo en cuenta el gran predominio de personas que no sabían leer ni escribir, no extrañará que las tiendas se dieran a conocer con muestras consideradas por el uso como propias de cada gremio, cosa tampoco imprescindible, porque la gente conocía cada establecimiento por el nombre de su dueño o por algún signo o detalle especial y característico: los sastres, colgaban dentro del obrador carteles con figurines y ponían a las oficialas cerca de la puerta para que las vieran; los barberos, colgaban unas bacías de latón en el umbral de la puerta; los zapateros, ponían la obra y las hormas a la vista; los boteros, sacaban los pellejos a la acera para que se calentara la pez con el sol y los cosían en silencio o les ponían botanas en los agujeros, Los boteros tenían colgada en su puerta, de muestra, uno de los utensilios más difundidos en la época; la bota del vino, famosa en el mundo y ya casi olvidada. Los alpargateros, colgaban un alpargate grande en la puerta; los merceros, colgaban el bacalao, los cordeles y las velas por detrás de los cristales; los pañeros, amontonaban las mantas y la suela por detrás de las vidrieras, pues no será menester decir que nadie había pensado en la necesidad de los escaparates.

De mi infancia no recuerdo más rótulos en la ciudad que el de las boticas, la de Soubriet y la de Andújar, aunque unidos al emblema de la serpiente y la bola de cristal azul. Luego el de la librería y la relojería de Alfredo.

Tal vez los establecimientos que empezaron a individualizarse con nombres inscritos en su puerta fueron las tabernas, antes conocidas también por el nombre de sus dueños, sobre todo las desperdigadas, porque había dos grupos que se conocían en general por su emplazamiento: las tabernas de la Plaza y las tabernas del Paseo, o por algún emblema del oficio propio del tabernero, como la de la Llana, por haber sido albañil Ramiro, o por notas de humor como «La Jarrilla», «El Cielo», «El Sotanillo».

Las personas que venían de fuera, que eran muchas, estaban perfectamente adaptadas a estas costumbres y orientadas en la situación de cada establecimiento.

El poderío de Madrid se destacó poniendo pretenciosamente el primer rótulo de «Carnecería», cuando los escritores discutían si debía escribirse o no de ese modo el nombre de los despachos de carne. Se puso la muestra en la primera tienda donde se vendió carne de vaca por «Segurita».

Otra nota de ampulosidad y sumisión a los usos de la población, la dieron muy pronto los barberos, llamando «salones de barbería» a sus pobres tiendecillas.

A medida que se extendían los rótulos, desaparecían los emblemas y se iniciaban los escaparates, utilizando las ventanas, sin quitarles las rejas, por temor a las substracciones.

Tampoco tenían rótulos las calles, o los tenían de cal, pero era general el acuerdo al designarlas, porque predominaba la apreciación pública en su denominación; el artesanado, la historia, la vida palpitante de la localidad, que se fué sustituyendo poco a poco por nombres vulgares, sin ninguna significación alcazareña, castiza y evocadora.

DE NOCHE

MEZCLADO en la masa anónima de chicos del pueblo, empecé a conocer desde muy pequeño la vida nocturna alcazareña, por la circunstancia del oficio a que el azar me lanzó apenas salido de la escuela, pasando como aprendiz a la barbería de Manuel Comino, abierta en la tercera casa del «Rus», en la calle de la Estación. Los Sábados duraba el trabajo hasta bien pasada la media noche y a esas horas y con las frecuentes entradas y salidas, se veía y oía por allí cuanto daba de sí la vida lugareña. El establecimiento se alumbraba con carburo, del que cuidaba yo, y su luz refulgente destacaba mucho en las tinieblas y atraía a los rondadores como a las mariposas.

Pasé no pocos cuidados para cumplir mi obligación a horas intempestivas por el Arenal, el Altillo o la calle de la Luna, donde no se veía a nadie desde la puesta del sol y los faroles de aceite no alumbraban ni la esquina donde estaban puestos.

Las noches eran temerosas para todos y nadie se fiaba: ten cuidado, me decían en las casas, no te caigas o te pase algo, ¿No llevas «na» por si sale alguien?. Mi edad no llegaría a los doce años y la hora antes de las veintiuna, como decían los estacionistas y la preocupación por «llevar algo» tan efectiva, que en la tienda siempre estaban enseñando «cachorrillos» y unos pistolones del quince, producto de un miedo infundado, pues no recuerdo nada que lo justificara.

Volver de las calles lejanas y entrar en el barrio de la Estación, era ver los cielos abiertos, y sentirse seguro, libre de la pesadilla del miedo, motivado por los ruidecillos de las cosas y los movimientos de las sombras en la oscuridad. Los establecimientos iluminaban las calles. La gente iba de un lado para otro y se la oía hablar por todas partes. Así daba gusto, pero ¡cualquiera iba por la calle de los Muertos a esas horas! Sin embargo, el Paseo era, según decían, el barrio de «los golfos», el colmo de la perdición para la apreciación del lugar.

Conocí y traté por esta causa a todos «los perdidos» de entonces, mereciendo su simpatía y sin que sus actos dejaran huella en mí, según creo, si bien hay que reconocer que casi todos eran buenos y algunos muy buenos, excelentes, con relación a las intenciones dañinas de otras gentes del pueblo.

Debo a este barrio y a las familias ferroviarias, el haber considerado natural desde niño el ir y venir y que no me produjera sensación el salir de mi casa, que no era de las peores, para enfrentarme con la vida, buscando trabajo sin auxilio de nadie, a los catorce años.

Las noches invernales de aquellos sábados, tenían un momento de emoción infantil a la hora de cerrar, sobre la media noche. Apagado el carburo, quedaba todo a oscuras y la calle como boca de lobo. Por ella había que cruzar para ir a acostarse. Mi madre, con aquel frío glacial, estaba esperando siempre en la ventana de la calle Ancha hasta que llegaba, «para ver si me pasaba algo».

A pesar de que por lo medroso de la época, yo llevaba siempre mi cuidado, reconozco que aquel celo y aquella abnegación de mi madre, me parecían excesivos e innecesarios.

Ahora que los evoco con tanta ternura y sin par agradecimiento, ella, que tan hondo lo sentiría, no puede apreciarlo. ¡Cuán tardía es siempre la recompensa para los padres!

El reloj de la Villa

EN mi infancia, era corriente en Alcázar oír hablar de la Villa a las personas mayores, pero a lo que más se aludía con esta expresión era al reloj que había en la torre de la Casa Consistorial, edificio que por su solidez y emplazamiento parecía extender una sombra protectora sobre toda la población. Verdad es que entonces las diferencias vecinales las zanjaban los **hombres buenos**, y no es extraño que la Casa de la Villa, simbolizara aquel espíritu conciliador y fraterno que hizo de la vida alcazareña un modelo de tolerancia y convivencia grata, tanto para los nativos como para los que en gran número venían al lugar favorecidos por la Estación.

Ya entonces eran claramente apreciables estas dos facetas esenciales de la vida local; la Villa y la Estación, hasta en ese pequeño detalle del reloj. Muchos se guiaban por el de la Estación, que manipulaba el espíritu travieso de «Casitas», pero la mayoría lo hacían por el de la Villa, que ponía en hora Millán y cuya resonante campana se oía en todas partes y era rije de la vida local, cuando casi nadie tenía reloj.

A ciertas horas, como a la del Angelus, a la del alba y al medio día, se tenía en cuenta el toque del fraile, en los Trinitarios, o el de las Párroquias, pero estas, como las particulares, se to-

maban como horas aproximadas: el toque seguro era el de la Villa, empezando por los albañiles, que han sido siempre los lugareros más exactos en la hora de comer. Hablando de horas, se preguntaba dubitativamente: «pero, ¿las ha dado ya en la Villa?».

Era una institución y le pasaba lo que a todas las instituciones mientras prevalecen: el espíritu zumbón, simbolizado a estos efectos, sobre todo, por el cuerpo de serenos, encargado de repetir, cantando, todas las horas que iba dando la campana durante la noche y al cual pertenecían hombres del rango alcazareño de un Ulpiano, un «Aragán», «El Siro», «El Majo», Desiderio y otros no menos socarrones, se cebaba en él y comentaban en los panetes que el reloj no iba nunca bien, aunque ellos cantaran la hora por obligación. La gente decía, en cambio, de los serenos, que cantaban lloviendo cuando estaba raso, porque en realidad ellos estaban mojados por dentro.

Y así, entre bromas y veras, discurría la vida lugarera, sin que nadie al oír aquella campana, dudara de que daba la hora fija, ni temiera que de aquella casa, regida de hecho por la gente de la plaza, le viniera nunca ningún perjuicio,

Aluciarse

ENTRE las palabras corrientes que han ido cayendo en desuso, recuerdo ahora esta que se oía a nuestras mujeres a cada momento.

Era el tiempo de las hermosas matas de pelo, algunas no ya hermosas, sino impresionantes, como la de mi madre y la de la Lucía la «Calderera», tan espléndidas, que siempre había el temor de que las aojaran y no pocas veces se experimentaron conatos de que hubiera sucedido.

El peinarse no era para deprisa, ni para cada momento y cuando la mujer, terminados sus quehaceres, ya con poca luz, se aseaba un poco o bien, en cualquier instante tenía precisión de salir a cosa de poca importancia, usaba siempre esta palabra, para expresar los arreglos menores, rápidos o de poca monta: voy a «aluciarme» decía, o bien las mayores o las amigas exclamaban: «anda, «alúciate» un poco y buena vas; si venimos al contao».

Era parte principal, aunque no única, del aluciamiento, la recogida del pelo sin deshacer el peinado. Lo demás era ligero, porque no entraban para nada en el arreglo de nuestras mujeres óleos y pinturas de ninguna clase, se lavaban con agua clara y Dios ponía lo demás, que era todo, porque los colores de sus caras eran divinos.

MAS GENTE MIA

QUEDÓ incompleto el capítulo de «mi gente» publicado en el octavo fascículo, por

no haber podido reconstruir a tiempo la línea materna, todavía sin terminar, a causa de no haberlo permitido la esclavitud del trabajo profesional, pero en tanto que se logra, procurándolo y dando vueltas con el pensamiento por la Cruz Verde, por el Paseo y por el Arenal, hallo que esta gran familia, que yo llamo mía, porque lo es y porque yo soy de ella en cuerpo y alma, porque nos pertenecemos mutuamente en todo y por todo, está formada por una gran masa de gente que es, en lo social, como lo magro en el jamón, la gente llana, sencilla, trabajadora y conforme, que en todas partes deja recuerdo de su buen proceder y cuya confianza desea y echa de menos toda persona conocedora del percal.

Esta masa de gente humilde, de mi clase, verdadero sostén de todos, que paga y agradece siempre, ha sido para mí muy amplia: puedo decir que mi gran familia se ha extendido a todos los pueblos de la comarca. Todas las personas que ví cruzar, cuando nadie me veía a mí, por la Cruz Verde y por el Paseo, fueron luego tan generosos conmigo, que colmaron con sus atenciones lo poco que yo hiciera para merecerlo. Todos los hortelanos de Herencia, los de los carros de las arrobas, los hueveros y especieros de Villafranca, los hortelanos de Miguel Esteban, los trajinantes de todas partes, que venían a la Estación y después sus familias y allegados, los estacionistas mismos, los gañanes, los pastores, los trabajadores de todas clases, la gente de media costilla, poco más o menos, entre la que estuvo mi casa siempre y no quisiera, para bien de ella, que saliera nunca, todos ellos forman por el cariño y por la simpatía, la gran familia cuyos rasgos de nobleza y buen fondo le tienen a uno satisfecho de su origen y situación.

El Hombre, como los globos de humo, pierde fácilmente el equilibrio al subir, por eso he visto y se ven a muchos desdeñando y aún abominando torpemente de su origen. Vanidad de vanidades, pero plausible resolución, porque realmente no eran los mismos, había perdido muchos quilates el metal al bruñirse para relucir, no siendo raro que esas cunas fueran de tumbo en tumbo a formar en el montón de lo abyecto.

Todo el que haya tenido que partirse el pecho, sabe donde ha encontrado apoyo, calor y aliento para seguir. Pocos habrá que no se sientan obligados al difuso mecenazgo de esta gente, que son como el corazón de nuestra sociedad; gente que no podía dejar de recordar en estas páginas ni separar de mi propia familia, por el cariño que le tengo y por la gratitud que le debo.

“Santicos”

CUANDO el Salvador, viendo las gentes, se subió al monte para enseñarles, inició la exposición de su sermón con las ocho bendiciones que se conocen con el nombre de Bienaventuranzas, modelo de sencillez y profunda trascendencia en que flotan, como la ova en el agua, las raicillas de la santidad ¡Son necesarias, para merecerlas, tantas renunciaciones y tal la falta de apetencias, que parecen imposibles en la integridad humana y, el Señor, al comenzar su predicación, señaló la dificultad, invocando en primer término un principio carencial, la pobreza de espíritu, a la cual compensó con el reino de los cielos!

En la vida, es tan excepcional el espontáneo apartamiento del afán mundano, la indiferencia de los halagos, la conformidad con lo estrictamente elemental e indispensable, que cuando se ve un caso como el de «Santicos», se considera aparte de lo natural y se le conceptúa como «falto».

La Ascética reconoce que se confunde con la candidez y desde luego es un modo de hablar y de conducirse, tan «natural», tan a la pata la llana, tan como lo siento lo digo o lo hago, sin segundas intenciones, sincero y diáfano, que por no concebirlo se califica de tontería, y aunque en el caso de «Santicos» lo sea realmente, no es así siempre, ni es eso lo que pide el Evangelio tratando de eliminar la doblez y la intención ladina.

La Escritura se aparta frecuentemente de la esfera humana para ejemplificar con las tórtolas, con la oveja, con las palomas; «sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas», dice San Mateo, y entre los animales encontraron los Santicos una convivencia tan edificante que al recordarla acude al pensamiento la sublime oración de San Antonio a los pájaros de su huerto, pues no es grano de anís el lograr la confianza plena de los animales, hasta el punto de que cuando D. Magdaleno entraba a visitar algún enfermo, gruñendo y resoplando, sin comprender aquello, la Rafaela, le decía: «no se asuste, D. Magdaleno, que es que están poniendo las gallinas» y, efectivamente, había dos o tres acomodadas en el camastro del paciente, haciendo su puesta, cosa detestada por el galeno, que salía por entre el burche, la cabra, el cordero, el perro, el gato, los palomos, los conejos y los pájaros del lugar, renegando de su carrera y con las botas de puntera bien untadas de chirle.

En aquella casa no solo se respetaba todo bicho viviente, sino que se le favorecía hasta el **summun**, como pedía Araque en sus momentos de exaltación cuando llevaba las ranas de los sacatierras al cuartel de los guardias invocando su derecho a la vida y pidiendo protección para ellas.

Todos los bichos de la casa de «Santicos» fueron como ellos mismos, ejemplares por su salubridad y cuidado, favorecidos por la bendición de Dios que protege la inocencia.

Formaron el matrimonio, Santos Tajuelo Palomaro y Rafaela Librado Flores. Tuvieron seis hijos. Los dos mayores se llamaban Antonio, distinguiéndolos por Antoñico y Antoñete; Antonio el grande y Antonio el chico; el tercero fué José, otro Cruz; la Francisca y la Agapita. La madre a los cien años, dió una culada y se rompió la cadera. El cuidado fué tal, que murió a los ciento dos años. «Santicos» llevó hasta su muerte el gorro de tres puntas, la blusa azul, los pantalones de mandil, curiosamente remendados y los alpargates blancos para los domingos.

Entre los «faltos» del pueblo tal vez sea esta familia el caso más notable de bondad, y sobre todo, de laboriosidad, pues la mentalidad endeble depende a la holganza.

El padre era rebajote, delgado, un poco mueso, del color de la tierra recién arada, muy saludable y con cierto meneillo monitero al andar, que le hacía aparecer aniñado y jugueton. Es seguro que ese bailecillo de su andar y su traza fuera la causa de que siempre se le llamara en diminutivo, convirtiéndose en apodo el nombre propio, con aquella precisión que lo hace siempre el saber popular y que no hemos dudado en traer a esta verídica historia del lugar, para enseñanza de los venideros, porque de todo el mundo se aprende algo y la vida de «Santicos» es, en lo simple, ejemplar.

El Padre Evaristo Arias

EN las páginas centrales del fascículo anterior se publicó la fotografía del médico alcazareño Don Sebastián Palomares y su familia, hecha en su casa de Manila, en la cual figuraba como amigo y paisano el Padre Evaristo Arias, uno de los alcazareños que al calor de los conventos locales cambiaron el rumbo de su vida, cosa que no tiene nada de particular, pero sí lo tiene el hecho de que no hayan vivido adocenados y, más o menos, hayan tenido cargos de relieve y desempeñado misiones de responsabilidad fuera de su pueblo.

Fray Evaristo, llamémosle sencillamente, como se hacía antes, cuando se pudo incluso rotular la calle del de más categoría como Fray; Fray Patricio Panadero. Pues bien, Fray Evaristo, era de la familia de los Mariosos y a su padre le decían Juan sin Sangre.

Fué dominico y pasó la mayor parte de su vida en las colonias españolas, principalmente en Filipinas, siendo secretario del célebre arzobispo Nozaleda.

Como en todos los de allí abajo, se manifestó en él con esplendor su amor a la Virgen del Rosario. Recuérdese cuanto se ha dicho de Pareja, Panadero, Casero y otros más recientes y téngase presente el antagonismo entre las dos parroquias y entre regulares y seculares. Pues bien, encontrándose el Padre Evaristo, en el Lugar lo invitaron a predicar conjuntamente a Jesús y a la Virgen, entablándose el pujilato tradicional sobre dónde debería hacerlo primero. Él contestó que lo haría a los



El venerable sacerdote D. Manuel Ortega

dos, pero primero predicaría a su Madre y luego a su Padre, y así lo hizo. Lo que no hay noticia es del rescoldo pueblerino que su decisión pudiera dejar por aquí arriba. Pero él se fué a su residencia, donde se puede tener la seguridad, porque eso no falla en los ausentes, que le acompañó hasta el fin el santo amor a su tierra.

Queda pendiente de nuevas aclaraciones, indicadoras de los hilos invisibles que tejen la vida, el hecho de que Evaristo fuese dominico y como detalle de pro-

Religiosos

bable comienzo de la hebra, la existencia de otro religioso alcazareño, Fray José Antonio Checa, que fué Procurador General de la Orden de Dominicos Predicadores de Manila y mucho más viejo que el Padre Evaristo Arias, digno de recordación.

Otros religiosos alcazareños, varios entre nosotros todavía por fortuna, sintieron la misma influencia de sus predecesores. En los franciscanos locales fué decisiva la mediación de Casero y Panadero: tales Antonio Flores Díaz y su primo hermano Manuel, el de «El Calvillo».

Antonio nació el año 1880. A los 15 años tomó el hábito en Pastrana y cantó la primera misa en Alcázar, en el Convento de San Francisco, predicando, como era natural, el Padre Indalecio Casero, su verdadero padrino. Murió en Madrid el año 1945 y se le reconocieron dotes muy estimables de predicador. Era Canijo, hermano de Eduardo el Sacristán.

D. Manuel Ortega Díaz

EL venerable sacerdote D. Manuel Ortega Díaz, que hoy regenta como párroco la Parroquia de El Ballestero (Albacete), cuya fotografía del día de sus bodas de oro sacerdotales, celebradas en Peñalsordo (Badajoz) reproducimos al margen, nació un poco después que Antonio; el año 83.

Fué a la escuela de D. Vicente Galiana y atraído por Fray Patricio ingresó, también, en el Colegio franciscano de Pastрана, profesando a los 16 años.

Su preparación la completó en Belmonte, donde cantó misa el año 1905, apadrinado por el Conde de Buenavista y la Condesa de Campillo, predicando en la solemnidad su primo Antonio.

D. Manuel ha desempeñado muchos cargos: guardián de Mayorga de Campos (Valladolid). Superior de Avila, después,

de Alcázar

de Quintanar de la Orden, y ya en la Diócesis de Ciudad Real, rigió las Parroquias de Puebla del Príncipe, Villarrubia de los Ojos, Montiel y Peñalsordo, habiendo pasado últimamente a la de El Balletero. D. Manuel se ha mostrado siempre incansable en la propagación de la doctrina y es incalculable el fruto cosechado por su elocuente palabra.

Su labor de apostolado se recuerda con amor en las feligresías que ha regentado y el cariño de las gentes le acompaña por donde va.

Las palabras y los hechos se enredan como las cerezas y aunque sean vidas que se encuentran en plena madurez, prometiéndole sus mejores frutos, queremos dejar aquí constancia de otros dos religiosos cuya memoria podrá recoger y completar algún día cualquier alcazareño que se sienta enardecido por el amor de las cosas locales.

Rvdo. Padre Domingo Cortés

UNO de ellos es el Padre Domingo, Domingo Cortés Coronado, nacido y criado en la calle Real, del barrio de los Yeseros, y en el mismo anchurón de la Cruz Verde.

La figura abacial de este gran alcazareño y su psicología, han sido muy favorablemente influídas por las maneras pausadas e insinuantes de América, donde

pasó muchos años y ha vuelto ahora, como se dice en la Cruz, a remarcar el clavo de la propagación de la fe, con su amplio corazón y su enternecida bondad.

Es una delicia escuchar sus relatos, que despiertan la mayor curiosidad e interés, al observar cómo su alma, netamente alcazareña, se ha saturado de aquellos modos y de aquellas apreciaciones tan sentidas y profundas como suaves e inaparentes.

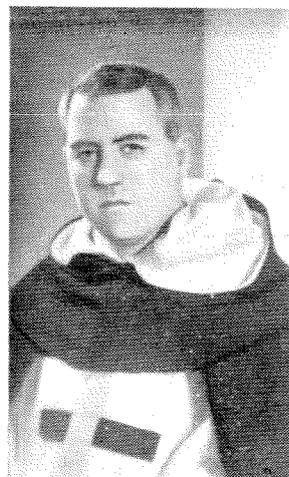
La evocación de la patria lejana ha fortalecido mucho en él el recuerdo alcazareño, que puntualiza hasta la minucia, como cosa propia, en todos los detalles de este amado barrio de los Yeseros.

Figura destacada dentro de la Orden, ha sido Provincial varias veces y regentado diferentes casas. El grado de madurez a que ha llegado su talento mantiene anhelante la ilusión de los que le queremos y admiramos, esperanzados en la obra que enaltezca el nombre de Alcázar, al que ya dan sobrado relieve sus andanzas por el Nuevo Mundo.

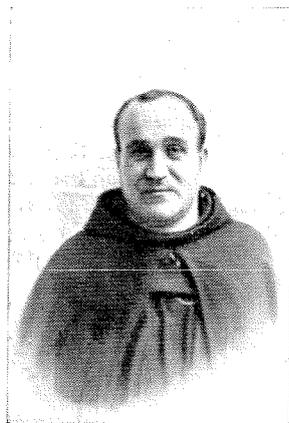
El Rvdo. Padre José Comino

DE los alcazareños menos adulterados hasta ahora por los contactos externos, tal vez sea uno el Padre José Comino Montalvo, acaso por no haber salido de ambientes similares al nuestro e inferiores a él en muchos aspectos.

Se dió en él la coincidencia de que ni para su formación tuviera que salir del pueblo en esa edad maravillosa de la pubertad, cuando el hombre, como una esponja,



El Rvdo. Padre Domingo Cortés



El Rvdo. Padre José Comino.

se va empapando de cuanto le rodea. No es que hiciera aquí toda su carrera, sino que las ausencias y las estancias se sucedieron tan continuas y compensadoras que no pudo existir el desarraigo del trasplante.

Nació en la calle Pascuala, frente al callejón del horno de Juandela, el 23 de Enero de 1906, pasando allí y en la Placeta de la Justa hasta el principio del curso de 1917, que ingresó en el Colegio de Belmonte, pero la circunstancia de inaugurarse en ese tiempo el Colegio Seráfico de Alcázar, hizo que el alcazareño volviera a su pueblo a los dos años y permaneciera

otros dos sin salir, hasta que el año 21 fué a tomar el hábito a Arenas de San Pedro. Pasó siete años entre Pastrana y Consuegra completando su preparación para cantar misa en Alcázar el 6 de Junio de 1929, permaneciendo tres años al lado de sus padres, extrañándose después para regentar como guardián y maestro las casas de la Orden en Pastrana, Puebla de Montalbán, Avila y Madrid, donde se encuentra actualmente realizando una labor meritoria que representa seguramente el esfuerzo cumbre de su vida y que será coronado por el éxito que merece.

CURANDEROS NOTABLES

VIVI bastantes años en el entonces precioso barrio de Lavapiés, de Madrid, donde conocí a mucha gente notable, cuyos rasgos nutrían las páginas de la literatura barriobajera con absoluta autenticidad o todavía con más resalte en lo vivo que en lo pintado. Ahora me doy cuenta del arsenal anecdótico que perdí, como decía Emilio Paniagua, lamentando no haber anotado lo oído en tantos años a Victoriano «el Viejo» y a Estanislao Utrilla.

Había por allí bastantes alcazareños de rasgos sobresalientes, algunos del notable gremio de zapateros, recordados en otros cuadernos. Entre los que habían andado tiempo antes con nuestro torero «Naranjito», había un curandero que se las echaba de médico y causaba asombro, tanto por su fachenda, como por su cinismo. Se llamaba como «Frascuero» pero no se le parecía en nada. Como torero, no había pasado de la categoría de nuestro paisano y como frescura, allá se las iban Blas y él, si bien a Salvador le lucía mucho más. Vivía en la calle de Buenavista, no sé cómo pero cómodamente. No hizo nada con los toros, pero los toros con él sí, porque lo dejaron tuerto del izquierdo y le llenaron el cuello de costurones. Hombre saludable, de estatura más bien baja. Le conocí con el pelo casi blanco, pero sin una calva. Eran tiempos ostentosos y llevaba los dedos cuajados de sortijas, como los médicos de entonces. Cadena de oro, gruesa, con una leontina de colgante. Reloj de tapas. Y un bastón de nudos, gordo, como un picador y siempre traje y sombrero nuevos, camisa almidonada y un gran alfiler de corbata.

Como era posible que Salvador llevara tanto metal y pedrería encima nadie se lo explicaba, pero él lo lucía con cierto desdén, fumando cigarrillos de cuarenta y cinco, con su papel. Calzaba a la española, con bota de una pieza, fina y ajustada como los «tocaores» y «bailaores» de cartel que abundaban en el barrio.

Solía hablar de sus «principios», de D. José Ortiz de la Torre y de D. Juan Bravo, a los que solo conocería de nombre porque eran los que entonces asistían a los toreros de fama y a los cuales enmendaba la plana en su ejercicio, siendo llamado cuando dejaban una cosa por imposible.

Este hombre, de porte distinguido dentro de la flamenquería, como nuestro «Casitas», criado en el mismo barrio y con la afición a los toros, subía a diario la Torrecilla de Leal, empaquetado, como si fuera a desempeñar misiones trascendentes en los barrios altos, entre la gente gorda y el hecho es que su brillo le proporcionaba, demostrando que no solo en los ambientes pueblerinos prospera esta frondosa y silvestre planta del curanderismo, sino que en los ambientes más pulidos puede cualquiera al que no le falten el aplomo y la audacia de D. Salvador, escalar las alturas con los conocimientos adquiridos en las naves del matadero, apuntillando y descuartizando reses, con los matarifes, para familiarizarse con el ganado y alentar su afición. Por entonces había otro, Sánchez, (D. José llegaron a decirle) de mucho prestigio, que con el marchamo de masagista, alternaba normalmente con las primeras figuras de la Medicina en los palacios aristocráticos y entre ambos Sánchez y otros muchos, hacían una buena guerra al Dr. D. Joaquín Decref, cubano, andalucista eminente, de una atabilidad encantadora, que tenía en su casa un arsenal de aparatos de mecanoterapia «con los últimos adelantos».

H "Juanacha"

A muerto «Juanacha» — Juan Arias Barco, — en un primero de Diciembre, día

de cierzo helado, en plena época de las matanzas que fueron su momento de esplendor desde que aprendió a andar.

Me ha afectado bastante la muerte de «Juanacha». Tuve trato con él desde chico y nunca olvidamos ni dejamos de hacer honor a aquella relación.

Se crió en la calle de la Victoria, en una casa pequeñaja que había entre la de «Pablete», esquina a la callejuela de la «tía Negrita» frente al alterón de las «Mudillas» y la de Jesús Ortega, el popular barbero que vivía más arriba de Paulino el de las «Cristas», frente a «Botines», ocupada después por Juan José Muñoz. Allí lució también, una de las más lozanas flores de aquel tiempo, la Teófila Cervantes, que se casó con Pedro Correas, el de la «Junquilla».

Juan Andrés, padre de «Juanacha», era sereno en la época del «Aragán», del Siro, del «Majo» y de Mínguez «el Colchonero», padre del cura Polonio, y en los inviernos mataba gorrinos. Ese es el origen del último y definitivo oficio de «Juanacha»; en el que tan buen ejemplo ha dado, porque desde pequeño llevaba el esportillo a su padre y le ayudaba en su trabajo. Al mismo tiempo era aprendiz de albañil y monaguillo, con el de «Sopas» y «Farola», los que se fueron a los frailes, pero aquellos primeros pasos al lado de su padre fueron los que decidieron su porvenir y le dieron facha y maneras.

La accidentalidad de las matanzas lo lanzó a otras ocupaciones, pero él era carnicero desde la cuna y por eso sobresalió.

Un poco abierto de piernas y de brazos, como todos los del oficio, ni alto ni bajo, con las manos nudosas, de dedos oblicuos por el esfuerzo continuo de sujetar la carne escurridiza y ofrecerla, movediza pero segura, al filo de la cuchilla.

Su madre, mujer delicada, entristecida, siempre con su pañuelo de merino al cuello y la horquilla larga cruzándole el rodete,

El aguardiente de las matanzas lo empapó un poco, como las nieblas y escarchas de las mañanas decembrinas, pero tuvo la virtud de

advertir su perjuicio y dejarlo, consagrándose al trabajo como una fiera y cambiar totalmente

su situación, muy estimulado y sostenido por la Marcelitana de «Guarguero».

Su padre me dió muchas veces la vegiga del gorrino, para restregarla en la ceniza caliente e inflarla con el carrizo.

Ví, año por año, cómo iba repitiendo los actos y los dichos de su padre, creyéndose siempre más habil y más fuerte que él: las frases humorísticas dirigidas al animal: «no chilles, que esto no va a ser ná», «apartaros, que se va a estirar de gusto», cuando le escaldaba la papada, mientras que le sujetaba la jeta con la cuchara de gancho para hacerle la barba.

Cuando arrinconó a su padre, le dió el mundo la razón, olvidando totalmente a Juan Andrés, (el mejor matador), que no le quedó más consuelo que el de la copilla de aguardiente, para sobrellevar el desvío. «Juanacha» fué un buen hijo, pero no iba a ser el único que se viera libre de la estulticia juvenil.

Veo desde la altura el sendero de su vida, cortada ya. Me abruma la soledad del camino y recuerdo tristemente una tarde de toros reciente. Sus hijos, ágiles y diestros, deshacían las reses y casi llegaron a matarlas en el ruedo. «Juanacha» trataba de imponer su cordura, su experiencia, pero la realidad le estaba diciendo a gritos: «¡quítese Vd. padre, apártesel!» Y se quitó, solico, anodadado, con el encogimiento de la muerte reflejado en la cara. Juan Andrés hubiera sido, de vivir, la única persona capaz de comprender aquella tristeza, y, mirándole de reojo, como solía, con sus ojos enrojecidos y turbios y la cara amoratada, lo hubiera abrazado compungido, y en vez del «haz lo que quieras» que tantas veces le dijo, le hubiera consolado sin mostrarle el desengaño, porque el amor del padre al hijo es el único que resiste todas las pruebas, sin excluir la del tiempo, y se aviva en cuanto advierte el menor quebranto del descendiente.

¡Lástima que eso no se sepa ni se aprecie, sino alrededor de la Pascua de cada uno!



Andando por la Sierra

DESPUES de treinta años de enclaustramiento hacemos un viaje. Un fraile alcazareño tiró de nosotros sin proponérselo. Podíamos haber ido en su busca por varios caminos, pero lo hicimos por el de Avila, la ciudad más a propósito para no sentir la sensación del aire de la calle. Andando por ella es como si se fuera por un claustro conventual.

Este viaje nos ha servido para contrastar nuestros juicios sobre La Mancha. Dicen que no se puede conocer bien lo propio—literatura, idioma, etc.—si no se conoce lo extranjero.

Ir desde Avila por la ruta de Arenas de San Pedro, es atravesar una amplia campiña llana, tan pobre como la más pobre de La Mancha y completamente despoblada, pues de tarde en tarde se ve algún grupo de viviendas, de piedra, porque piedra es lo único que da el terreno, pero tan rudimentarias, destruidas, irregulares y faltas de urbanización, que ni el nombre de aldeas puede dárselas.

Se ven algunas siembras de buen aspecto y algunas parejas de bueyes haciendo barbecho. Todo está seco y al iniciarse la sierra desaparecen los cultivos. La carretera sigue estrictamente la dirección del poniente, que nos va trazando un sol implacable que no deja ver.

La ascensión a la sierra pierde la monotonía de la llanura, pero no mejora el panorama hasta que se descienden varias colinas, se van viendo arroyuelos y alguna pradera con ganado vacuno y lanar.

En la Venta del Obispo se esponja un poco el ánimo y dejando a la derecha la carretera que va a Gredos, se inicia la gran ascensión al Puerto del Pico, escarpada cumbre que separa brusca y completamente la tierra seca avulense de la feraz del Barranco o Valle de las Cinco Villas, de tipo extremeño, pues hasta la gente tiene un acento andaluz de haches aspiradas que llama mucho la atención por lo inesperado, y que se descubre como colofón del asombro que

la contemplación del valle produce al trasponer la cumbre del Puerto. El descenso es impresionante, como en Soller, como en Formentor. El paisaje, espléndido; no cabe más. Los pueblos, desde la altura, dan la impresión de un conglomerado de casas sin calles y con un tejado único, plano y colorado; como juguetes colocados entre la arboleda, que es magnífica por su cuantía, por su desarrollo y por su buen aspecto. El olor a resina satura la atmósfera invitando a respirar hondo. Predominan el pino y el castaño. Se ven algunas cepas y parcelas de huerta, aprovechando los arroyos naturales.

Pasamos por Cuevas, Villarejo, San Esteban, Mombeltrán, La Parra, todos iguales, pequeños, de calles estrechas y oscuras, con grandes aleros y balcones de madera salerizos que permiten llegar a los de las casas de la otra acera. El aire es puro, purísimo. La arboleda llega hasta las casas, pero no invade las calles que no parecen muy limpias. Se ven reses colgadas en las puertas, con muchas moscas.

La llegada a San Pedro es otra cosa, van diciendo en el coche de línea y así es, en efecto. En este camino se escalonan las sensaciones todas en un sentido progresivamente agradable, y Arenas, con su carretera asfaltada, sus confortables construcciones y su iluminación, convida a detenerse y saborear lo que se ha venido viendo. La calle de la carretera tiene un nombre simbólicamente romántico, intrigante, seductor para el forastero: calle de la Triste Condesa. En ella nos ha preparado asilo nuestro fraile, el cordialísimo y excelente Padre José Comino y en el Hostal de Gredos hacemos posada al amparo de una familia de apellido italiano—Pecci—bondadosa y amable donde las haya.

Arenas es un pueblo pequeño, que allí resulta de cierta consideración y la tiene muy merecida entre los que le rodean. Su nivel de vida es más alto del que tendría en La Mancha por su núcleo de población. Su riqueza básica, como la de toda la comarca, es la madera, el pinar, de

importancia incalculable. Es su riqueza y es su recreo. El campo es donde apetece estar. Sus afueras son deliciosas. Ir temprano al Santuario de San Pedro Alcántara, que regenta nuestro paisano el Padre José Comino, constituye un deleite singular, por la belleza del paisaje, con árboles de diferentes clases, arroyos rumorosos a todo lo largo del camino, con agua finísima, aire fresco, limpio, embalsamado, gran silencio y la campana del Convento que se oye remota, sin verse la residencia. Aquello es un anticipo del Paraíso.

Ir a Guisando por su carretera de la derecha del Castillo, para volver por los caminos de herradura del Charco Verde, es una excursión que tenía muchas ganas de colocarnos el joven Pecci, andarín consumado, y la hicimos. La situación de Guisando es maravillosa, de ensueño, decía una andaluza hospedada en el Hostal. Está fuera del Barranco ya, pero tiene un barranco para él solo y el caserío está casi en lo más hondo de la sima, amparado por las ingentes crestas de los Galayos, que le libran de todos los aires y envuelto materialmente en frondosísimo pinar que lo hace casi invisible.

Como todos estos pueblos, está cruzado por corrientes de agua muy fina, muy fresca, cristalina. Sus calles son estrechas, oscuras y poco limpias; sus casas lóbregas, de doble planta.

En las afueras hay un cercado de piedra, redondo, que sirve de plaza de toros y una fuente rodeada de asientos y mesas de piedra, para comer cómodamente. Los vecinos muy amables y serviciales

Para volver por el Charco Verde no hay más que seguir la corriente de las aguas, pero poco menos que a salto de mata y de mata y

piedra unos ocho kilómetros, subiendo y bajando cuevas, entre cerros enormes, totalmente cubiertos de pinar y una variedad de paisajes a cual más sugestivos. Por el fondo del Valle va el río Arenas, cuyas aguas luchan incansablemente con las piedras para labrarse un cauce regular y en muchos lugares que no ha conseguido todavía quebrantarlas lo suficiente, se remansa el agua sin llegar a estancarse y uno de esos remansos, de los más grandes, recibe por su color el nombre de Charco Verde, donde como en todo lo largo del río, hay gran número de bañistas.

Son muchos los arroyuelos y meandros que se cruzan en el camino hasta llegar a la fuente del Puente Pelayo, lugar de reposo obligado y refresco ineludible, con aquel agua divina, porque allí no llega nadie que no vaya acalorado y cansado viniendo de arriba, cuyo único medio posible es el coche de San Fernando.

Desde la fuente hasta Arenas, por la magnífica carretera asfaltada que viene serpenteando desde Candeleda, los montes cuajados de pinos, es un paseo encantador que aprendimos en las excursiones y nos dimos a diario. No se cansa la vista de admirar aquel paisaje y el pecho de respirar aquel aire tan cargado de resina, tan puro, tan fino y limpio como el agua.

La enfermedad que nos llevó a tan preciosa tierra, agudizada inesperadamente, nos impidió visitar toda la comarca, como deseábamos, cosa que habremos de hacer en mejores circunstancias, pues no ha sido poco el agrado que encontramos, el encanto de la tierra y la simpatía de las personas, especialmente el ilustre alcazareño y buen amigo, guardián del santuario, Padre José Comino.



sorpresa confumaz

A lo tonto, a lo tonto, llegó «Santicos» a la vifia de un vecino. Estaban vendiendo en una punta. El entró por la otra, y llenó las «aguaeras» sin atender las voces que le daban. Arreó la borrica, alejándose por la linde, pero lo alcanzó el amo protestando y él muy cándidamente: ¡Ándal, ¿pero era tuya? No lo sabía, no lo sabía. Pero ¿era tuya? Y dale que dale a la borrica, sin parar hasta que lo tuvieron que dejar salirse con la suya.

ASISTI a la instauración de este mechnal en Alcázar.

Anteriormente no necesitó el hombre ningún escondite para hacer sus necesidades. Salía a lo ancho, donde nadie lo viera, al «ejío» o, dentro de las casas, en el basurero, a cielo descubierto. El residuo hacía poco humo o, por mejor decir, le duraba poco el humo, porque las gallinas daban fin pronto de la torta y de la longaniza.

Las callejuelas constituyeron apartado propicio para los momentos de precisión y, en las proximidades de corrales pequeños, fueron evacuatorio habitual.

La Estación dió lugar a la concentración de la vivienda a su alrededor, aprovechando el terreno y provocando el hacinamiento o concurrencia de varias familias en la misma casa y no cada uno en la suya, como antes. Esto y la necesidad ineludible del basurero, junto con lo que se veía en Madrid, dió lugar al nacimiento del COMUN, pequeño cuartillo, común para todos, con un poyete en un testero y una tabla agujereada encima para expeler las deyecciones, ora en cuclillas o bien aposentadas sobre el orificio las personas comodonas o de rodillas endurecidas y dolorosas. En Madrid el agujero comunicaba con los pozos negros; en Alcázar lo hacía con el basurero, al aire libre. En Madrid los pozos se sacaban de tarde en tarde y era espantoso aquello; en Alcázar se sacaban una vez al año, por los migueletes, cuyas huertas se beneficiaron siempre de los residuos alcazareños. Nuestros gañanes se conformaban con la basura de sus cuadras.

Muchos de estos cuartillos, en el barrio de la Estación, tenían otro agujero, para que correspondiera el aire, encima de la puerta y sobre él o en la puerta misma, escrita toscamente la palabra COMUN.

La gente que venía de fuera fué modificando la denominación. Se empezó a oír la palabra **excusado**. La Compañía rotuló con ella sus evacuatorios y hasta creó el cargo de **excusara**, que dió fama y no poco que hacer a más de *cuatro*.

Se observó por entonces una manifestación de costumbrismo a la americana, poniendo como indicación sobre la puerta de estos cuartillos la primera cantidad de tres cifras: un uno y dos ce-

ros grandes. Los que entendían de números, cuando iban al común, decían que iban **al ciento**. Este detalle, oriundo de los madriles, fué también importado por los flamencos de la lima y el remache, que venían al depósito, desde las cercanías de la Puerta de Atocha.

Como la influencia externa es en Alcázar tan permanente y acusada, aquello cambió pronto y la palabra **retrete** se fué imponiendo hasta hacerse general, pero la progresión del alcantarillado en Madrid y la instalación de agua corriente en los retretes, prendió en Alcázar tan pronto como tuvimos agua y se introdujo enseguida el neologismo inglés en nuestros lares, empezando a oírse lo de WATER-CLOST, motivo de chuscos lances de sainete que venían contando los fogoneros asistentes a las funciones del género chico.

La tendencia a reducir las palabras, cada vez *más manifiesta*, dejó en vigor la mitad de la frase inglesa, generalizándose al uso de la palabra **water**, que por ahora sigue monopolizando el concepto del cuartillo que comparte con los barrancos la recepción de inmundicias alcazareñas.

Las basuras tienden a salirse de las casas y a perderse, mientras que las tierras se empobrecen. No ha habido la suerte de que se preparen estercoleros científicos y económicos donde el estiércol se hace en plazo corto y se aprovechan todos los elementos fertilizantes, pero eso es una gran necesidad del común cuya satisfacción hará bien en toda la Comunidad, si nos decidimos a *construirlo*.

Y ¡lo que son **los adelantos!** No muy lejos de las huertas donde iban a parar todos los **comunes** de Alcázar he visitado muchas casas y recuerdo una, grande como un castillo, bien pertrechada, de todo a todo, como se dice en la tierra, sin que faltara de nada.

Para lavarme las manos me llevaron al cuartito de baño, espléndido, y me lavé en una palanganita de barro que había en un rincón, sobre un palanganero de hierro. El resto de la habitación, con poca luz y sobrada lobrete, estaba lleno de patatas recién sacadas de la tierra y la bañera rebosante de cebollas de matanza.

Para que se vea que «**cuando hay**» la gente no se priva de nada, aun en los sitios que parece no haber cambiado la vida desde hace miles de años.

Artefactos Veraniegos

DOS, de uso indispensable en los días de fiesta veraniegos, eran el abanico para la mujer y el bastón para el hombre. Los chicos, aprendices de hombres, hacían sus primeras armas en el uso de estos adminículos con el alarde y la torpeza propios de toda iniciación. Las chicas, siempre más discretas, lo disimulaban mejor, pero los chicos eran el colmo de la ingenuidad los domingos, sin saber como hacer más visible su bastón de chuzo, con un sable de una vara.

Chocará a los buenos observadores que en un pueblo tan pacífico como Alcázar, en el que durante muchos años casi nadie ha llevado armas, usaran los muchachos bastón con chuzo. Todavía no se habían impuesto las armas de fuego y era medida de prudencia para andar por las tinieblas propias de la época el prevenirse con un gran alfange, puñal, faca o navaja de siete muelles. Estos eran los miedosos, porque a los templados les bastaba con la garrota o con la confianza en sus puños para hacer correr a los de la faca.

Por entonces se empezaron a usar cachorrillos, pistolones del 15 con dos cañones y el revólver Smit de cinco tiros, ante el cual se quedaba la gente con la boca abierta.

Por fortuna, aquel prurito caducó totalmente en plazo corto sin dejar huella de su paso, como correspondía a la psicología alcazareña, y sin que nadie lo haya echado de menos, pero mientras duró, a primera hora de la tarde, sobre las tres, de los domingos, empezaban a reunirse en las esquinas los mocejos arreglados, con el cinturón de bolsillos, el izquierdo para el reloj, con cadena, el derecho para el dinero, y el bastón en la mano como los hombres. Hubo un modelo negro, fino, con puño de metal blanco en forma de garrota, que se usó mucho. Al irse formando las cuadrillas se hacía examen de lo que cada uno llevaba y la comparación de los chuzos fué motivo de entretenimiento y estímulo para el ahorro del que no lo tenía y comprarse uno en la feria.

A los hombres no les faltaba su garrota o bastón y los más señoritos, (la palabra elegante no se usaba entonces) llevaban todos sombrilla y abanico, como las señoritas. Las mujeres del pueblo solo llevaban abanico, aunque desde luego cumplido, con el retrato de Reverte o de Montes y la rueda de la fortuna en los más baratos.



Sin el casticismo de la cuadrilla de los Campos, publicada en el fascículo primero, hemos hallado este grupo de corredores en el que aparecen, de pie, de izquierda a derecha, Garulla (Andrés Angora), Manuel Cartagena y Roque (José Tejero). Sentados, Bernardo Cortés y Toribio Angora, dispuestos a medir un vagón de corambre, con arreglo a los usos del tiempo.

REPRESENTA un matiz de la

vienda humana en La Mancha, en su aspecto más rudimentario, tanto por su construcción, como por los materiales empleados y por su utilización.

Es algo más—poco más—que el bombo del Tomelloso, hecho a canto vano, como se cargan los hornos del yeso o de la cal, para quemarlos, con lo menudo sobre la techumbre. El bombo, sin embargo, es redondo, en lo que también se parece a esos hornos, mientras que la Quintería es rectangular y menos, muchísima menos construcción que el cortijo andaluz o extremeño o que la misma casa de labor manchega, de residencia habitual, con o sin vivienda de los amos, pero perteneciente siempre a considerable hacienda; poco numerosas, por lo tanto. La Quintería, en cambio, dentro de lo despoblado del campo manchego, representa lo habitual, lo que se ve por todas partes, como los majanos en el monte y los bombos en el Tomelloso, que son esencialmente majanos «huecos por dentro», como decía «Pinchavvas» de los tubos y de las arterias.

La Quintería es la casa de campo, pero la casa de campo impuesta por la parcelación del terreno, el amparo que se fabrica el pequeño propietario para sus necesidades personales, siempre escasas y que consisten en poder estar sobre la tierra los días de labranza y de recolección,—que casi nunca llegan a sumar un par de meses en el año, en períodos de cuatro o cinco días,—un poco protegido contra las inclemencias del tiempo.

La Quintería—dos murallas, dos hastiales y un tejado, con suelo de tierra o empedrado—está dividida por dentro en cocina-dormitorio y cuadra. Comunica con el exterior por una puerta única, de una hoja que abre a la cocina y de tamaño suficiente para el paso de las mulas. Suele tener una ventana pequeña o un agujero para respiradero de la cuadra.

La altura de la construcción está siempre alrededor de los dos metros y

La Quintería

medio. Los materiales son las piedras recogidas en el haza y la tierra mezclada con yeso. La techumbre con un caballete

y dos vertientes poco pronunciadas formada de entramado de madera con zarzoes de carrizo y teja curva del terreno. La anchura aproximada de unos tres metros y la longitud media total de seis a ocho metros.

No necesita más para alojar al gañán con su yunta y a los peones, segadores o vendimiadores.

La distribución interior es elementalísima. A un lado de la entrada, la cuadra, con sus pesebres para comer las caballerías, en comunicación con la cocina, y casi sin separación. Al lado opuesto, el fuego y la chimenea, cuyos laterales sobre el suelo están ocupados, siguiendo el lado longitudinal de las murallas, por los camastros, especie de poyos de mampostería, de unos veinte a treinta centímetros de altura y metro y medio de longitud, sobre los que se tienden las sacas llenas de paja que utilizan para dormir.

La Quintería está siempre cerrada y no guarda enseres de ninguna especie, siendo necesario llevar todo el hato cuando se va a ella—piensos, comida, leña, agua, ropas, cacharros—cuyo equipo distingue a los carros y hace que se lo manifiesten los gañanes al encontrarse.

—¿Parece que vais de quintería?

—Sí, vamos a Los Parrales para la semana, a ver si quitamos aquello.

Fuera de sus murallas, la Quintería no tiene ninguna dependencia, como no haya pozo y barranco para la basura. Si hacen alguna cerca es para tener recogida la piedra, no por necesidad de acotaciones imprecisas que supondrían trabajo inútil, ya que no se respetan y no es corriente que nadie se entretenga en lo que no ve beneficio. Los carros quedan en la puerta, al raso, como en los pueblos pequeños. Las paredes suelen estar desconchadas y la puerta calcinada por el sol, sin ofrecer mucha seguridad.

El campesino manchego no tuvo que quebrarse los cascos para crear la Quintería. Al irse modificando la economía y convertirse en propietario, sacó a las hazas la misma habitación que tenía en el poblado, que para mayor identidad muchas veces no estaba ni cercada y tenía un paso único y estrecho para las personas y las caballerías, pues los carros y aperos quedaban siempre en la calle como, siguen estando en muchos lugares, aunque las viviendas urbanas hayan mejorado notablemente.

Las casas de campo grandes, encamarradas, con graneros y pajares, corralizas y cobertizos para ganados, y modernamente bodegas, son un residuo del latifundismo feudal con sus cocinonas y cuadras enormes, sus nombres evocadores y sus numerosos moradores permanentes. Esas construcciones tienen nombre propio y tradicional sin que quepa

confundirlas con la quintería común, cuyas características, bien conocidas, quedan señaladas, en homenaje a la ilustre escritora Nieves de Hoyos, la más eminente folklorista española, que recientemente ha fijado su atención en estos detalles para concretarlos en un trabajo meritísimo. La quintería, como la jota, es alegre o triste, según está el que la canta y según el paraje. En sí misma no es «más que una poca casa» que comúnmente tiene unos días de bullicio en la vendimia, cuando las cuadrillas se reúnen, después de comerse las gachas de la cena y la sangre moza se siente retazona, como los recentales de las casas grandes.

Venimos de vendimiar
de la viña de Borrego
y no nos quieren pagar
porque hemos roto un puchero.



Nombres de Calles

LA espontaneidad y naturalidad con que se producen algunos hechos en la vida de los pueblos, es un hermoso ejemplo de la sencillez con que se pronuncian y de la facilidad con que se les podría orientar.

Muchas cuestiones batallonas y problemas más o menos enconados, quedarían resueltos como por encanto si se les entregaran libremente y desde luego, de la mejor manera posible y con la conformidad general.

La mínima cuestión de los nombres de las calles, ofrece, a veces, contrastes que sorprende no hayan sido percibidos en ningún momento por los llamados a resolver.

¿No es chocante que Alcázar no tenga una calle de las Aguas, siendo esta una obra tan trascendente en sí misma y mucho más por el momento y por la forma en que se hizo?

El vecindario la señaló enseguida: las Aguas, el sitio donde llegan, ese es el lugar de su calle y esa es, para la gente, la calle de las Aguas. Lo de Rondilla, oriundo de la Corte, no es propio del lugar, siquiera en este caso, como diminutivo, no alcance el grado de pretenciosidad que las diversas AVENIDAS.

Cerca de la calle de las Aguas hay otras no menos claras: El Arroyo, la del Matadero, la Corredera (esta con el mismo defecto del de Rondilla, aunque ya asimilado por el tiempo).

Se podrían señalar otras, como el callejón de los Frailes, pero no es problema para resolver de momento si se busca el acierto: necesita tiempo, observación y tacto o sensibilidad expectante, empezando por dejar lo que se tiene en su estado natural, sin deformaciones artificiosas. Por ejemplo: la calle del Santo no necesita más apelativos para distinguirse de todo el Santoral; es el Santo por antonomasia para todos los alcazareños, como lo son las de la Virgen, el Paseo, la Plaza...

La callejuela de la "Tía Negrita"

ES la callejuela de la calle Ancha, paralela a ella en su mayor parte. Por su extremo occidental, donde se desarrolló el suceso que le dió nombre, termina en la punta de la calle de la Trinidad y, como ella, tiene una gran expansión que la comunica con el callejón de los Frailes, con el rincón del Calero y su prolongación de enlace con la Cruz Verde, todo ello, como la mayoría de nuestras calles, rotulado con nombres exóticos, faltos de vitalidad local.

En su estado primitivo era más incómoda, nauseabunda y accidentada la irregularidad de la callejuela, aunque siempre resaltaron mucho las diferencias de cada mitad. La oriental, con salida a la placeta Albertos, comunicación intermedia con el callejón del Cristo Zalameda, por las portadas de Blanco, frente a las de «Cagalera» y terminación en el alterón de «Las Mudillas», formado por la corriente de las aguas que bajan de la calle Ancha, por el callejón de «Chala» a tomar la calle de la Victoria; esta mitad siempre tuvo forma regular, recta

y estrecha y estuvo más limpia de inmundicias, siendo motivo de especiales atracciones diurnas y nocturnas por sus múltiples y disimuladas salidas. La mitad occidental, siempre fué más ancha e irregular, más sucia y de piso tan desigual, que resultaba peligroso ir por ella. Esta desigualdad dimanaba de la diferencia de altura con la calle Ancha, cuyas casas quedaban materialmente colgadas a ese nivel. Las condiciones arcillosas del terreno hacían más resbaladizo el piso y con esto, las cuestras, las inmundicias y el barro, apenas si se podía caminar a saltos pero, no obstante tales inconvenientes, por lo que se acertaban las distancias, siempre se transitó mucho por ellas y en uno de esos acortamientos de camino halló la muerte la «Tía Negrita» a manos de su marido, que convirtió el paraje en escenario final de un drama conyugal.

Eran un matrimonio que procedían de un pueblo próximo, buenas personas, honestas y trabajadoras.

El suceso conmovió mucho al vecindario y el lugar quedó para siempre unido a la víctima con el nombre que popularmente se le aplicó cuando pusieron en Alcázar su puesto de churros: la «Tía Negrita».

Nombres conocidos

no ser necesario en el reducido ambiente de aquella época, siendo lo usual que se conocieran por los nombres o apodos de sus dueños: la taberna de «Leña», la del «Catre», la del «Chato», la del «Viejo», la de «Perra», la del «Siro», la del «Canijo» de «Pellas», la de «Estrella», la de «Pinete» etc., todas con apodos. Con los nombres, algunas como la de Federico, la de la Simona, la de Pedro Advíncula y con nombre propio del establecimiento, la del «Cartucho», «El Cielo» y «La Llana».

Las lonjas se conocían por los nombres de los propietarios; los Tapias, la Encarnación, la Braulia, «Santiaguillo», el señor Bonifacio.

En las barberías hubo una de especial acierto: «La Fama».

En otros ramos de la industria las representaciones estaban muy individualizadas por falta de elementos de vida. En la zapatería, Juan Francisco era el **non plus** como diría Heliodoro Sánchez; en el chocolate, la Gregoria; en la confitería, Espinosa; en la churrería, la tía Martina, en las tortas, la «Cantera», y en las alcagüetas, el «tuerto Jicara», que acertaba siempre con el punto del tueste, apesar de que no vendía más que los domingos, porque el resto de la semana no compraba nadie.

AL hablar de los rótulos, se hicieron algunas observaciones sobre su existencia.

La realidad era, que ningún establecimiento tenía nombre propio, por

QUE era soberano y solemne en aquel tiempo, pudiéndose escuchar los pasos de los transeuntes a increíbles distancias, distinguiéndose por ellos a las personas. Había dos clases de voces resonantes y diarias, típicas de la vida alcazareña: La de los serenos, por la Villa, y la de los avisadores, por la Estación. En todo resaltó siempre esta cualidad del pueblo y la Estación.

El avisador denotaba la puntualidad de los servicios y la consideración de la Compañía. Su menester daba realce a los empleados, o, al menos, lo parecía. Conocían el punto adecuado de la vivienda de cada empleado, para hacer más perceptible la llamada.

—¡Vicente!—gritaba el avisador, al tiempo que golpeaba los cristales de la ventana—¡que sales de 800!

—¿Qué hora es?—respondía el agente desde la cama.

En el silencio de la noche

—Las veinticuatro treinta. Te queda una cuarenta y cinco. ¡Espáchatel.

Y en otra ventana:

—Levántate, que han descarrilao dos vagones entre Manzanares y Herrera, y está el tren de socorro «preparao» en la tercera. ¡Date prisa!

La vecindad quedaba muy satisfactoriamente informada y haciendo cábalas a cuenta de los avisos nocturnos, a los cuales seguían los chirridos de los cerrojos, los crujidos de las puertas y los ruidos de los pasos característicos de cada grupo ferroviario.

Los del Movimiento, con el arca, la arqueta de la comida y el farol, impedimenta resonante, pesada, que imponía la marcha lenta y de lado, como cojeando; los de Tracción, con la cesta negra, de dos asas largas y el lío de la ropa, de marcha abierta y contoneada. A todos se les oía durante largo rato, casi hasta llegar a la Estación, en la serenidad de aquellas noches alcaceñas, impresionantes y hasta medrosas por su inalterabilidad.



A favor de los aires de fuera, se intenta aprovechar algunos de nuestros productos y aquí vemos a la gente «espizcando lías», en la bodega de Pretolo Morano. De izquierda a derecha, se ven en ella a Ruperto Chocano, el tío Gabino Cañas, con gorro manchego, «Charramanga», el tío Justo Chocano, «Justete» el caporal, Gabino y Alejandro Chocano, Justino Alcañiz, Julián Arias, el hijo del amo y Victor Chocano «Patera».

Abajo, mujeres y chicos, ellas con rodete y toquilla de flecos: la hija del tío «Justete» (Dominga Chocano), la mujer de «Justete», la nuera de «Justete», la Teresa de «Miza», Manuel Cepeda, Juan Muñoz, la hija del tío «Justete», la Francisca y «Julianete» el de «Maolo».



Fachenda alcazareña

Se planeó una comida en el monte, de las muchas que se han celebrado allí. Los comensales iban a salir de la Plaza. «Brocha» con su tiburí y la célebre yegua colorada, que cuando estaba enganchada se apoyaba en la vara para no caerse y Juanillo «Junquillo» con el suyo y un gran caballo, gordo y fanfarrón. Los que esperaban, poco prácticos, se decidieron en su mayoría por el carruaje de Juanillo, y con Reyes se quedaron los de siempre, José María Gómez, «Estrella» y Lázaro.

Juanillo salió arreando y diciendo: ¿cuántos gallos matamos, para cuando lleguéis que esté la comida?. Echaremos el arroz cuando os veamos por la casa del «Preso».

Reyes les dijo: «no dejéis uno». Y cuando salía por la Puerta Cervera, ya estaban los otros en la Altomira, pero conociendo el paño, pensaban que ya se les acabaría el gas. Y, efectivamente, al llegar a la Casa del Condecillo, estaba el caballo gordo parado en las arenas y entregado. Reyes, al pasar, le dijo a Juan; «como no te echas tú el horcate, estais ahí pa rato». La colorada pasó sonando los cascabeles y llegó al monte sin mostrar cansancio y cuando llegaron los otros, los recibieron con tajadas fritas ya y un buen trago, en puchero de barro, como le gustaba a Reyes, con la consiguiente broma a cargo de las cabalgaduras y que acabó recortándole el bigote a Reyes, que al llegar a su casa no parecía él, quedando desconsolados la Ramona y los chicos, pero él, cantandillo, resolvió el apuro diciendo: «ya no me llamarán más «Brocha»; ahora me dirán pincel».

Con el alma y la vida

Entre las aficionadas al curanderismo, había en aquella época algunas que se entregaban completamente a su arte. La tía «Batalla» era una. Cada vez que tenía que mirar a alguien de asiento, iba a por una copa de aguardiente a casa de «la Montalva», se la bebía y luego le echaba el vaho al enfermo. Algunas mañanas iba diez o doce veces. Se escupía en la mano, le sobaba la barriga y le echaba el vaho, diciendo: «esto es mu güeno; esto es mu güeno», y, en efecto, aquello se arreglaba.

Mal de muchos...

Había una mujer bastante fea, a la que un vecino socarrón llamaba «el sol de la familia». Apreciación justa, porque un hermano que vendía gas, era horrible. Sin embargo, la mujer en cuestión tuvo de todo; se casó y enviudó, sin que faltara la alegría en su juventud y en su madurez.

Como una justificación ante sí misma y ante los demás, por aquello de «mal de muchos, consuelo de tontos»; cuando se hablaba de algunos que se casaban deprisa, solía decir con mucha gracia: «tampoco esos han tenido que ir al Alcalde para derechos de rompimiento»...

Las sanas intenciones pueblerinas

Había otra, tan aguda en su tiempo, que le decían la «tía Escopetilla» porque para todo tenía puntadas y nadie se veía libre de las salpicaduras.

Cuando eran novias dos de sus hijas, otra del barrio, salió con un adelanto imprevisto y al correrse entre cuchicheos la noticia de que tenían que casarla pronto, salió ella a la calle con unas mantillas diciendo: ¿a quién se las colocaremos; a quién se las doy?. Otra vecina, amiga de la adelantada, y conocedora de lo que la «Escopetilla» ignoraba, le contestó: «guárdalas, que te van a hacer falta muy pronto». Efectivamente, la hija mayor de la «Escopetilla» estaba en el mismo caso.

La rabia de la «Escopetilla» fué tal y maltrató tanto a su hija a partir de ese día, que quedó atontada y a pesar de que se casó, nunca más echó luz y el niño, debil, que nació, murió en seguida.

Arreglo de boda

Se cuenta que llegaron los familiares y el acompañamiento a casa de la novia, después de interminable preparación, en la que parecía imposible convencer al padre y poner de acuerdo a la familia para dar el paso de pedirla.

Se sentaron, fatigosos de emoción y después de largo rato dijo el más atrevido: «aquí estamos».

Al cuarto de hora, respondió otro: «porque hemos venío».

Larga pausa y manifestación del padre: «pus na, que paece que los chicos se quieren».

A la media hora, el padre de ella, muy cargado de sal, responde: «pus, güeno».

Y así se terminó la reunión.

Los "Cantillos"

ERA uno de los juegos predilectos de las chicas de mi tiempo, cuando se cansaban de la rueda, de las esquinas y de correr a pillarse. Los juegos de entonces tenían como característica fundamental no exigir gastos de ninguna clase, porque todo venía corto en las casas para lo indispensable y nadie pensaba en los juguetes ni se conocían apenas. Cuando los padres se decidían a obsequiar al chico, haciendo un esfuerzo, le compraban algo para cuando fuera mayor: un bastón, un cinturón, un cartapacio, un porta libros, una guitarra o una cadena de reloj,

Juguetes, propiamente dichos, no los tenía nadie, y los elementos de juego eran improvisados por los mismos chicos, con lo que se les ofrecía a mano: el caliche, con un tarugo, y las ruletas de la Esción, las cajas, con las de cerillas, la taba, con las de los corderos que se comían, las gomas, con ramas de oliva o zurriagos verdes, divididos en trozos de un palmo, a los que se hacía punta por un extremo, el correón, con un pañuelo hecho nudos y, así, sucesivamente.

Las chicas sufrían la misma escasez y si alguna tenía la suerte de que le tocara a su padre en la rifa de la feria, un juego de agua o una muñeca, se la guardaba su madre para cuando se hiciera grande y casi nunca la usaba ya o se estropeaba poco a poco, encima de la cómoda, sin salir de la caja en que la tenían colocada y sujeta cuando la rifaron.

Las muchachas, sin embargo, se entretenían como los chicos, con

lo más inmediato y elemental: jugaban a comidicas, pero con barro y tierra, porque la arena no se conocía más que la de terrón para fregar en las cocinas. Del cemento nadie había oído hablar, pues la argamasa de la construcción la formaba la tierra hecha barro o mezclada con yeso y el yeso solo en lo fundamental. Los adobes de barro o el tapial eran lo más corriente. Se comprenderá que no fuera frecuente tropezarse con «cantillos» de cierta vistosidad para utilizarlos en el juego y que las chicas los apreciaran y guardaran con mucha estimación. Los que se veían procedían de los cerros que rodean el pueblo, fragmentados y arrastrados por las aguas en los grandes temporales de entonces, y las chicas jugaban con ellos, sentadas en el suelo formando corro, colocándose los delante y simétricamente cada una y echando uno al alto mientras soltaban o cogían con presteza los del suelo antes de caer el otro, que debía recoger igualmente, diciendo: «a mis unos, aceituno, a mis dos, el reloj, a mis tres, San Andrés, a mis cuatro, zapatico blanco, a mis cinco, San Francisco»; según los iba soltando uno a uno.

Se los jugaban «dalgane» con una taba, echándola con habilidad, como hacían los chicos con las cajas. Había tabas muy diestramente preparadas y hasta pintadas y suplementadas con plomo, para hacer el juego más codicioso: si caía con la cara convexa para arriba, se sacaba uno, si con la cóncava, se metía uno, si con la carilla del borde plano, se metían cinco y si por la cóncava, era el «arrebanche» y se llevaba todo lo que había puesto y lo dejaban a uno «pelao».



EN el curso de esta publicación va quedando bien patente, como una de las características del espíritu alcazareño, su inclinación a la buena merienda

y al esparcimiento honesto. Estos son rasgos muy generales y no típicos de Alcázar y si se citan, más bien es para señalar que no somos una excepción, y, si cabe, ese detalle tan generalizado, sobresale en nosotros un poco más por el cosmopolitismo que dió a la villa el carril desde que lo tendieron. Por esto, también, y por la relación continua que determinó con Madrid, florecieron aquí pronto, con preferencia a otros pueblos y con mayor esplendor, los esbozos artísticos que eran corrientes en la capital, dentro de la vida de pueblo que tenía esta y no ha perdido en muchos barrios todavía. Los Cuadros Artísticos o grupos de aficionados al arte de Talía abundaban en Madrid y brotaron aquí enseguida, estimulados por la fama envidiable de los grandes artistas que fueron gloria de la escena española.

Sin perjuicio de ir completando este capítulo, como los demás de la obra, podemos ofrecer hoy algunas pruebas de la atención que se dedicaba en Alcázar a estos intentos artísticos.

Actores y



Esta primera fotografía muestra, un grupo de niños que el año 1888 representaron con la Compañía Corcuera, el baile de «La Tarentela Napolitana».

Obsérvese cuán apropiado y espléndido es su vestuario. Y si son sus apellidos, no hay duda de que sonarán en los oídos de los buenos alcazareños con el timbre de lo auténtico. De izquierda a derecha, y de arriba a abajo, son: Emilio Romero, Antonio Barrios, Mariano Moreno, Francisco Encinas, José Mata, Raimundo López y Luis Barrios. En la segunda fila, Julia López, Mercedes Castellanos, Carmita Alvarez Arenas, Lorenza Cuartero, Rosario Pacheco, Carmen Paniagua y Avelina Marcos de León.



espectáculos

La segunda fotografía es un homenaje de «La Sociedad Infantil» a la señorita Clotilde Caravaca, seguramente su inspiradora y directora, conocida después y ya para siempre por la Clotilde del estanco.

Aparecen en esta algunas de las que están, también, en la primera, lo cual demuestra que seguía la afición y encontraba apoyo en el pueblo.

De arriba a abajo, y de izquierda a derecha, son: Eugenia Beamud, María Musulén, Clotilde Caravaca, Rosalía Garrido, Isabel Villaescusa, Filomena Aranda, Obdulia, la chica del «Diablo» el maquinista, Juliana Galán, Carmen Paniagua y Merenciana Tapia, la hija de D. Evaristo, que tenía entonces la administración de tabacos.



La propensión a la broma, que fué una de las características constantes de la vida alcazareña, marcó su huella en todo y el «Cojo de la Carne», actor de excepción y que tan poco impedimento tuvo en su gran cojera para toda clase de travesuras, ya que con el borrico del hato se presentaba donde el primero, me dió poco antes de morir el programa de una función del Tenorio que se representó en Alcázar. Helo aquí: «D. O. M. El día 1.º de noviembre de 1913. Don Juan Tenorio. Ha fallecido víctima de D. Ignacio Santos, en el Teatro Moderno de esta ciudad. Su desconsolada esposa, Doña Inés de Ulloa, su afligida madre política, Doña Brígida, la abadesa de las Calatravas y Lucía, su padre Don Diego Tenorio, (Sr. Rebato), padre político, el Comendador, (Sr. Pintor), amigos y compañeros de aventuras,

Don Luis Megías, (Sr. Escribano A.), Ciuti, (Sr. Merlo), El Capitán Centellas, (Sr. Martínez), Avellaneda, (Sr. Lillo), Butarelli, (Sr. Lillo), El Escultor, (Sr. Toribio), Pascual, (Sr. Milán), Gastón (Sr. Marín), Alguaciles, (señor Escribano V. y Marín), embozados, máscaras y gente del pueblo. Ruega al público en general y sobre todo a sus familiares y amigos, lo encomienden a sus bolsillos y asistan a la representación del grandioso drama del inmortal Zorrilla, por lo que les quedarán reconocidos y recibirán especial favor. Se suplica la peseta. Se repartirán muchos programas. El duelo lo recibirán en la taquilla, el «Cojo de la Carne» y D. Francisco Escribano y lo despedirán en la puerta del teatro D. Matías Santos y D. Ezequiel Castellanos, que vendrán desde Madrid con el expresado objeto. Notas: La Sra. Viuda de Cams y Blasco, de Valencia, enviará una lujosa representación en forma de sastrería para vestir con decoro la obra y D. Francisco Pastor, también de Valencia, mandará el decorado apropiado para montar la escena con la debida propiedad y sin reparar en gastos ni sacrificios, a fin de que el notable Tenorio tenga un sepelio digno de su fama universal. La fosa donde han de reposar los restos mortales de D. Juan, la abrirán D. Alfredo Rodríguez, que apuntará la obra y D. Sebastián Santos, que caracterizará a los actores. Los cantos funerales e intermedios musicales correrán a cargo de la orquesta, que con elementos de la localidad ha formado y dirigido el conocido y entusiasta aficionado D. Angel Puebla. R. I. P. Precios: Palcos con 6 entradas, 6 pesetas; Butaca, 1 peseta; Delantera de anfiteatro, 0'70; Gradería ídem, 0'50; Delantera de Paraíso, 0'50; Gradería ídem, 0'35».

Este grupo del sexo fuerte, bastante enseñoritado y con todo el alarde de la pujanza juvenil, se metía en las mayores honduras; representó «El Túnel» y «La Alegría del Batallón».

Están ya granados y casi no hace falta decir quiénes son. De pie, de izquierda a derecha, Emilio Samper, Alejo Fernández, Manuel Paniagua, José Madrid y Manuel Bermejo. Sentados en sillas, Juanito Díaz, Félix Conscience, Casero, uno del cuerpo de bomberos, Jacinto Mata y uno de Madrid.

En el suelo, Mariano Romero, Ramón Díaz, Jesús Ruiz y Miguel de Miguel.

Gracias al espíritu cuidadoso y ordenado del entusiasta alcazareño D. Rafael Arias Blanco, podemos publicar el texto de un programa de toros no menos interesante que las fotografías anteriores, siendo lástima que no se pueda reproducir tal como es, pues está hecho en papel seda, orlado en todo su contorno de paisajes y dibujos chinos, estampados en tinta de color rojo e impreso en Alcázar, en la imprenta de A. Castellanos y Hermano. El texto central dice así: «PLAZA DE TOROS de Alcázar. Gran festival a beneficio del «Centro Instructivo de Trabajadores de esta Ciudad» Con superior permiso y si el tiempo lo permite, se celebrará en la Plaza de Toros de esta Ciudad, el día 15 de Agosto de 1900, un magnífico y brillante espectáculo, por el orden siguiente: 1.º El espectáculo será presidido por los socios de mérito de este Círculo, las distinguidas y bellas señoritas Elvira Martínez, María de los Dolores Mantilla y Enriqueta y Obdulia Rivas, quienes regalarán las moñas de lujo que lucirán los becerros. 2.º El despejo de plaza correrá a cargo de los simpáticos caballistas D. Constantino Cordero y D. Antonio Castellanos Alvarez. 3.º Se lidiarán tres becerros de la acreditada ganadería de D. Jorge Martínez, vecino de Albacete, con divisa anaranjada y blanca, por las cuadrillas que capitanean los simpáticos, valientes e intrépidos aficionados de esta población, Manuel Feito, Antonio Moreno y Manuel Esteban. Espadas: Manuel Feito, Antonio Moreno y Manuel Esteban. Banderilleros: Enrique Martínez, Nicolás Cenjor, Alfonso Granados, Telesforo López, Emilio Mantilla, Sérvulo Carreño, Jesús Pozo, Antonio Castellanos, Juan Manuel Gómez y Jesús López. Puntilleros, Emilio Ortega y Antonio Ortega. Sobresaliente de espada, Enrique Martínez. 4.º La lidia será dirigida por el inteligente, aplaudido y simpático Antonio Casas. 5.º Terminada la corrida se correrán cintas en bicicletas, bajo la dirección de los simpáticos y conocidos ciclistas de esta localidad D. Julio Lescorbouro y Gaspar Santos. La corrida empezará a las cuatro y media y la Plaza se abrirá a las tres. La Banda Municipal de esta localidad amenizará el espectáculo tocando las mejores piezas de su repertorio. Las moñas se subastarán en el domicilio social al día siguiente de la corrida, a las 9 de la noche. Precios de las localidades: Entrada de palco, 1 peseta; entrada de sombra, 0'75; media entrada de sol, para niños, 0'25; barrera de sombra, 1 peseta; entrada de sol, 0'50; media entrada de sombra para niños, 0'40».



Productos de la tierra

Lo son, desde luego, las uvas de Piédrola, los melones chinos, el yeso de los Anchos y la harina de titos, como ejemplos de cosas de producción masiva. «a pasto». Pero la tierra da otras muchas cosas exquisitas, aunque no sea en cantidad para vender. En cualquier rincón hay un frutal con peras, albaricoques o melocotones, que le da ciento y raya a los de Levante o Aragón; tomates, pepinos y pimientos morrones que no envidian a los de la Rioja, pues lo que aquí sale fino no admite comparación y finas donde las haya han sido en Alcázar muchas mujeres, según se ha tratado de recordar en los cuadernos anteriores y una de las más singulares por sí misma y por su descendencia fué la Rosa la pastelera, recientemente fallecida, viuda de Gregorio Rubio Escribano. Ambos tuvieron unos principios apuradillos, por quedarse sin padre en temprana edad. Gregorio sin padre y sin madre, pasando a vivir con su tío Ambrosio, el del boquete, donde aprendió el oficio de chocolatero, y la Rosa sin madre, a los 14 años y con tres hermanos pequeños y su padre, Celestino, viudo ya por segunda vez.

El matrimonio inició su vida teniendo él dos pesetas de jornal en el molino de Ambrosio, lo que les indujo a establecerse para vivir por su cuenta y tratar de mejorar su posición, decisión siempre plausible y propia de personas que confían en sí mismas, a la cual no sería agena la Rosa, pues no hay que olvidar el antecedente de su hermano Angel, el fundador de los actuales Talleres Alarcos, saliéndose de la Estación para trabajar independientemente, cuando todo el mundo se mataba por entrar en la Compañía, rasgo este que ya se celebró como merece en uno de los cuadernos anteriores y que coloca al Angel entre los hombres meritorios de la ciudad, pues el arranque aquel no estaba falto de fundamento, ya que fué un gran mecánico y tornero de primera.

Y así se inició la pastelería de la Rosa, al montar Gregorio su molino de chocolate, pero como siempre estaba delicado, falleció, al fin, y quedó la Rosa con los chicos—Demófilo, la Filadelfia y la Esmeralda—que han llevado el negocio a la excelente situación de todos conocida.

¿No os llama la atención la sencillez, la naturalidad, la fidelidad a las más puras costumbres alcazareñas con que se mantienen esas muchachas? ¡Porque son únicas! ¿No habeis observado el realce que dan con ello a los artículos de su especial fabricación? Allí se procuró la calidad, y las hijas del ama pregonan con su porte honesto, limpio y austero, hasta qué punto se mantienen en la casa el respeto a la pureza de los principios; siempre lo mejor, sin escatimar el trabajo para lograrlo y después entregarlo sin artificios, llanamente, con esa satisfacción íntima de dar lo que no puede decepcionar y hará recordar con gusto la mano que lo sirvió.

Y ¡lo que son las flaquezas humanas y su repercusión insospechada! La Rosa que necesitó y tuvo tan buen temple, que dió un ejemplo admirable y mantuvo su industria en el más alto nivel, tembló ante la muerte, que es lo más natural de la vida, y dejó previsto que no la enterrarán hasta las cuarenta y ocho horas de morir, a imitación de Manzaneque, seguramente por aquello de que cuando don Manuel lo hizo, por algo lo haría. Es un ejemplo de la influencia del médico hasta en las personas de más ánimo y de lo mucho que debe mirar lo que hace, aún fuera de su actuación profesional.





IMP. CASTELLANOS-ALONZAB